



ÉPOCA 3.^a — AÑO VII. — TOMO VI.

NÚMERO 18. — Madrid 25 de Diciembre de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.

Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.

Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20. SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.

Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.

Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO. — Revista, por Nulema. — Crónica, por D. Damián Isern. — La ciudad de Denia, por D. Roque Chavas. — Fr. Domingo de Jesús María, por D. J. Torá. — Las peregrinaciones a Tierra Santa, por I. — Las dos luces, poesía, por D. A. Ros Romero. — Grabados. — Higiene: Los alimentos minerales. — Caridad, cuento (continuación), por Fr. Conrado Muños Saenz. — Revista de conocimientos útiles — Jeroglífico. — Anuncios.

GRABADOS. — D. Vicente Masarnau. — Bethlem, cuna del Redentor del mundo. — Vista de la ciudad de Denia. — Escena de Navidad: La preparación del pavo.

REVISTA

HOMBRE escepcional en todo tiempo; pero más aún en los que alcanzamos de farsa y de ambición sin freno, era el que hoy lloran en Madrid todos los buenos católicos y singularmente todos los pobres.

Dios le colocó en circunstancias muy favorables para brillar en el mundo, porque se crió en la corte de Fernando VII, y desarrolló desde niño tan extraordinario talento artístico, que á los nueve años ejecutaba en el órgano del Escorial misas compuestas por él, que eran encanto y admiración de sabios monjes é ilustres cortesanos.

La modestia era ingénita en su talento artístico y ni le permitió envanecerse con los primeros laureles de la corte ni le abandonó más tarde cuando en Londres y París trató familiarmente y colaboró en obras de universal reputación con los primeros maestros compositores de esta época desde Bellini hasta Meyerber.

Nosotros, visitando con él los pobres de San Vicente de Paul, hemos procurado muchas veces sonsacarle noticias relativas á esta época de su vida, que abraza un período de más de veinticinco años; pero sin excusas ni pretextos de una modestia afectada, procuraba siempre cambiar el curso de la conversación y hablar de aquellos hechos de su vida, que no tenían importancia ninguna, como de los usos, costumbres y circunstancias locales de los puntos en que había residido. Si alguna vez le atacábamos de frente, no volvía apresuradamente la cara; sino que nos contestaba con frases vagas, procurando ocultar su personalidad en los hechos que nos refería.

Muchas veces le preguntábamos sobre las cualidades personales de los grandes músicos, que han adquirido fama universal como Bellini, Donizetti, Chopín, Litz, Rossini, Meyerber, etc., etc., con todos los cuales mantuvo relaciones de verdadero compañerismo, y siempre nos hablaba con elogio, vindicando la fama de algunos, disimulando sus defectos y encomiando el mérito de sus buenas obras.

En una de estas conversaciones logramos saber que cuando Rossini componía el *Guillermo Tell*, nuestro Masarnau iba todas las noches á su casa y ejecutaba en el armonium al célebre compositor los trozos de su gran ópera, que durante el día había compuesto. Después de la ejecución se entablaba amistosa discusión sobre aquella parte, y aunque no lo dijera él es bien de creer que muchas veces reformaría Rossini alguna parte de su composición, cediendo al juicio de su amigo el maestro español.

Masarnau miraba con mucho desdén la música dramática y suya es la comparación que en otra ocasión consignamos en esta Revista de que la música escénica es como la pintura escenográfica, de lejos bella y sorprendente, pero de cerca, conjunto abigarrado de chafarrinadas enormes que no pueden ni mirarse.

En los años que vivió en Londres y París Masarnau se mantuvo del fruto de sus composiciones, lo cual hace creer que el número de sus obras debe ser copiosísimo, aun cuando por desgracia en España son punto menos que desconocidas.

¿Quién conoce entre nosotros el *Splén* de Masarnau? Muy pocas personas, y sin embargo, esta

composición, ejecutada en piano y armonium por Mendelson y su señora valieron á este célebre músico ruidosos aplausos en las principales ciudades de Alemania.

Tres veces inolvidables se la hicimos ejecutar nosotros á su autor á fuerza de cariñosos ruegos, y aunque incompetentes en crítica musical, no tememos exagerar nada diciendo que es una de las obras musicales más melancólicas y conmovedoras que hemos oído; verdadera elegía de un genio que siente en su alma el desapego de las cosas de la vida, y columbra en regiones más altas los horizontes de otro mundo mejor.

Masarnau, al mismo tiempo que cultivaba con tanta gloria el arte de la música, cultivaba también, y este es el lado más valioso de su vida, el hermoso y fecundo campo de la caridad, en el cual ha dejado tan impresa su huella, que no se borrará nunca, sino que, por el contrario, serán en adelante más visibles, á medida que se ensanche el vacío que su muerte ha dejado entre nosotros.

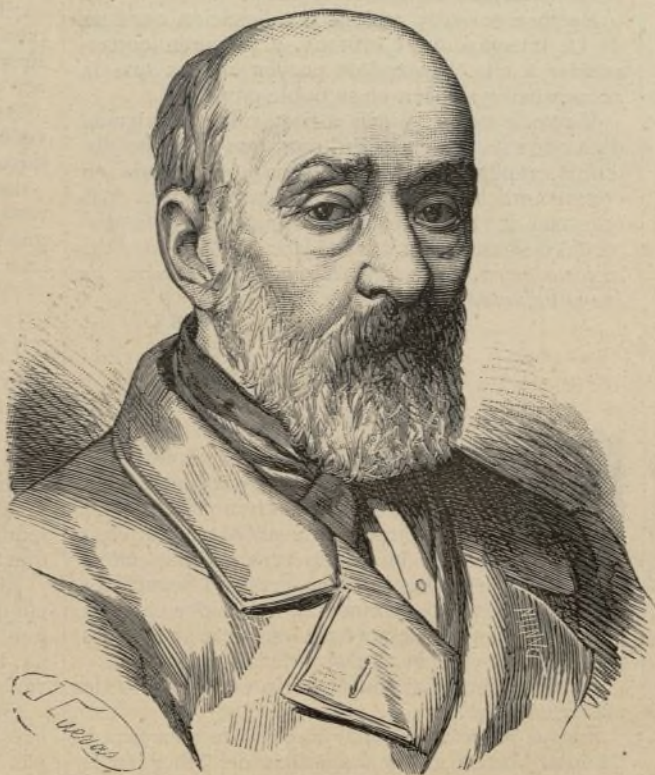
Masarnau fué uno de los primeros socios de San Vicente de Paul, cuando la Sociedad se estableció en París, y tales muestras de su piedad hubo de dar en aquel fecundo núcleo de jóvenes católicos, notables todos por sus talentos y virtudes, que el célebre Padre Lacordaire quiso llevárselo á Roma para el plantel de Dominicos que formó en la Ciudad Eterna, con destino á la restauración de la Orden en Francia.

Dios le guardaba para otros fines, y á ruegos de su hermano mayor abandonó á París y vino á Madrid con el cargo de vicedirector del colegio establecido en el ex-convento de las Vallecas, donde el 11 de Noviembre de 1850 instaló, con otros dos profesores del Colegio, la primera Conferencia de San Vicente de Paul en España.

Desde esta fecha Masarnau vivió enteramente dedicado á la Sociedad, cuyas vicisitudes están en la memoria de todos. El 1.º de Junio de este año, presintiendo su último fin, renunció la presidencia del Consejo superior, «no tanto, ha dicho un íntimo amigo suyo, por descansar, cuanto por dar tiempo á que se nombrase presidente en su reemplazo, y poder dirigir á éste en sus primeros pasos.»

Su muerte ha sido como su vida; fervorosa y edificante, conservando hasta el último momento la dulce serenidad de su alma, y siendo sus últimas palabras, ya entrecortadas por la agonía, el encargo de que diesen cuarenta reales que tenía sobre la mesa á una pobre mujer que aquella misma tarde vendría á recogerlos.

Ha muerto á los setenta y ocho años de edad, dejando en su testamento un testimonio póstumo de su admirable piedad y de su caridad



D. VICENTE MARSANAU.

Fundador y primer presidente de la Sociedad de San Vicente de Paul en España.

inagotable. Las gacetas de los periódicos han mencionado pocas veces el nombre de Masarnau, porque, hombre de verdadero mérito como artista y como bienhechor de los pobres, debía pasar casi olvidado de esta sociedad que rinde sólo homenaje á lo engañoso y deleitable.

Descanse en paz de su vida laboriosa y fecunda, y alcance del Señor, de quien estará gozando, nuevas bendiciones para la sociedad de San Vicente de Paul, que le es deudora de innumerables beneficios en España y en el extranjero.

**

Hemos dicho que la muerte de Masarnau ha pasado inadvertida para los gacetilleros, y debemos añadir que para *el gran mundo* ó para *la buena sociedad* de Madrid.

Si Frascuelo sufre una cogida en una corrida de toros, la concurrencia de personas que acuden á informarse del estado del herido es tan numerosa que llega á obstruir el paso en la calle donde vive el famoso torero.

Pero yace enfermo y agonizando un verdadero amigo de los pobres, que es además un artista de primer orden, pero artista católico, y esa sociedad, tan interesada en la salud del torero que le divierte, se encoge de hombros al oír la noticia de la agonía del varón justo, como diciendo: «¿Y yo qué tengo que ver con ese caballero? ¡Que ha sido un bendito! ¡Mejor para él! ¡Que lo canonicen!»

Así mira esta sociedad las cosas, y con tan rigurosa justicia distribuye sus favores y sus laureles.

El ruido de la publicidad es todo para los histriones de la gran comedia del mundo, y especialmente para los héroes del escándalo. Que dos periodistas, por rivalidades políticas, ó dos hombres de mundo por competencias criminales celebren un duelo, y la prensa, y delante de ella el telégrafo, anunciarán á todo el mundo las circunstancias del suceso, ofreciéndolo á la admiración y al ejemplo de los espíritus fuertes.

Estos días hemos podido ver dos casos de esta publicidad escandalosa, que envenena con sus ecos el ambiente de la sociedad.

No reclamemos, pues, celebridad ni alabanzas para los católicos eminentes, así sean artistas como Masarnau, ó como el apóstole de la caridad; la publicidad está toda al servicio del escándalo, y para las obras buenas como para sus autores, no queda otra cosa que la conspiración del silencio.

¡Y si siquiera resplandeciese entre los católicos el espíritu de justicia! Pero...

**

Los inviernos más fríos son los más expuestos á incendios; como los ánimos más incrédulos son los más propensos á la superstición.

Oyóse la voz de fuego en el Ministerio de la Guerra, y aunque la voz parecía señal de batalla en aquel centro marcial, no era sino un fuego *civil*, digámoslo de este modo, como cualquiera otro de los que prenden en casas de simples paisanos.

No era fuego de artillería ni de fusilería; era fuego de una chimenea que se propagó á una viga, y de allí á una parte del edificio, amenazando devorarlo todo sin más que lamerlo con las lenguas de sus llamas, como un caramelo lamido por la lengua de un niño.

Afortunadamente, pudieron cortarse á tiempo las cien lenguas de fuego, y el edificio se salvó de un gran peligro, aunque no sin dolorosas pérdidas.

El fuego es implacable: se alimenta de la destrucción, y hasta que desaparece la última chispa, está haciendo daño en el objeto en que se ceba, complaciéndose en su aniquilamiento y consunción. Cuando es mayor su estrago, resplandece con mayor alegría, como en señal de triunfo; y solo cuando la presa se le va de las manos ó cuando el objeto está destruido, es cuando se oscurece y oculta, como avergonzado de su derrota ó como saciado de los despojos de la muerte.

En el Ministerio de la Guerra, el fuego pudo lucirse, tanto por la posición elevada del antiguo palacio de Godoy, como por la blanca nieve que en aquella noche cubrían los jardines que lo circundan. Pero el arte de los hombres pudo más que el voraz elemento, y las llamas sucumbieron al golpe de las piquetas y al riego de las bombas.

También el Ministerio de Fomento ha estado expuesto al mismo riesgo, y por la misma causa, por una chimenea.

Este siniestro hubiera sido aún más doloroso, por hallarse el edificio atestado de preciosos cuadros de nuestro Museo nacional.

¡Se enrojece el rostro al considerar las condiciones en que se hallan colocadas tantas y tan preciosas obras de artistas eminentes!

Sabido es, que gran parte de estos cuadros proceden de la *incantación* de los bienes monacales; se arrancaron de los claustros donde se hallaban dignamente colocados y brillando á su propia luz, pues para tales sitios se pintaron, y se han amontonado en las oficinas de un ministerio, para que se ennegrezcan con el humo de los cigarros, y para que se tuesten ó para que se abrasen con el calor de las chimeneas.

¡Así progresan las bellas artes bajo la égida de las instituciones modernas!

El fuego de este Ministerio no ha tenido consecuencias, pero es un aviso contra el abandono en que se tiene el Museo nacional, y un testimonio de que las artes exclaustradas corren el riesgo de sucumbir en naciones cultas, lo mismo que en los bosques de la Zululandia.

Echemos agua sobre los últimos incendios, y quiera Dios que no se reproduzcan.

**

Ocupa la atención de los políticos el debate suscitado por la izquierda dinástica.

Discursos y más discursos en el Senado y en el Congreso, como si con frases y palabras se arreglase el mundo.

Agentes á la política, hemos de consignar una observación relativa al traje con que se nos presenta en estos debates. Salvo cortas excepciones, tan cortas que no le cubren los talones, la oratoria parlamentaria ha decaído de un modo sorprendente.

La política no luce ya aquellos vistosos y hasta ricos trajes con que la vistieron los políticos de hace treinta años, sino que sale á la calle vestida con telas muy humildes y con trajes mal confeccionados.

¿Decimos esto en tono de censura? Nada de eso, al contrario: la oratoria política ha sido una calamidad para España, porque gracias á sus bellos ropajes, han sido bien recibidas y hasta aclamadas instituciones y doctrinas funestas para los pueblos.

Celebremos, pues, la decadencia de la tribuna política, que es prenda de mejores tiempos para la patria.

El Sr. Castelar será el cisne que cantará sus funerales.

**

Nuestros lectores recibirán este número en Pascua de Navidad, cuando al calor del hogar doméstico se agrupan las familias, para transmitir á las generaciones nuevas las venerandas costumbres de las pasadas.

El espíritu moderno, tan refractario á las antiguas tradiciones del hogar cristiano, va borrando las huellas de estas costumbres, para dejar reducida la fiesta de navidad á un pretexto de excesos gastronómicos.

Deber es de cuantos comprendemos el extravío de la sociedad mantener el espíritu cristiano, y por consiguiente bello y poético de esta fiesta de fin de año, para legar á nuestros hijos, con la sangre de nuestras venas, lo que vale más y es más fecundo, los sentimientos de nuestro corazón.

Reciban nuestros amigos la felicitación cariñosa de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y procuren corresponder á ella, buscándole nuevos amigos que la acompañen y auxilien en su noble cruzada.

Y para concluir, y aun á riesgo de que alguien diga que estamos en Belén, cosa que no debe dolernos, repitamos la invocación de la Iglesia en conmemoración del augusto misterio, nunca más oportuna que ahora, cuando la impiedad y la discordia desgarran á la cristiandad: *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!*

NULEMA.

CRÓNICA



El año de 1882 está próximo á espirar. Morirá cual ola no agitada por grandes huracanes pero tampoco tranquila.

El suspiro que elevará al cielo al espirar en la orilla de lo pasado para perderse en su inmensidad, será triste, como presagio seguro de próximas y generales tormentas, merecidos castigos para la humanidad, empeñada en separarse de los rectos senderos de la verdad y de la justicia.

Al nacer, brillaban en el horizonte anuncios de más felices días.

Europa parecía despertar al grito de amargura y de dolor lanzado desde las orillas del Tiber por el augusto prisionero del Vaticano.

Pero el viento de las pasiones desvaneció aquellos brillantes anuncios, y los que dicen estar movidos por el espíritu del bien, poco ó nada hicieron por contrarrestar el poder del espíritu del mal.

¡El Papa sigue preso en el Vaticano!

¿Qué harán los católicos durante el año de 1883 para que cese una situación que no puede ni debe prolongarse indefinidamente?

Solo Dios ve lo porvenir. El tiempo rasgará con mano potente y segura el velo que lo cubre á nuestras miradas. Lo porvenir se convertirá en lo presente, y lo presente se perderá en las profundidades de lo pasado, como las aguas del río en las inmensidades del mar.

El viajero que visita por vez primera una región desconocida, espera que á cada momento le sorprendan nuevos cuadros, nuevas bellezas. La naturaleza es más variada que la historia. En el mundo, al lado de un desierto se encuentra á veces un delicioso valle. En el modo de ser de la humanidad, un año suele diferenciarse poco del anterior y del que le sigue.

Europa necesita de no pocos lustros para mostrarse con otro aspecto diverso del que desgraciadamente tiene.

Sólo un milagro de la Providencia podría hacer que los católicos, redoblando su celo, obraran siempre como deben, y que los gobiernos y los pueblos comprendieran el deber en que están de trabajar para que el Pontificado recobre la libertad y la independencia de que necesita para el gobierno de la Iglesia.

**

Al espirar el año de 1881, ocupaba el poder en Francia M. Gambetta.

Hoy lo ocupa M. Duclerc.

Hé aquí dos hombres con una sola política, y quizá también, permítase que lo digamos, con una sola idea.

Algo se diferencian en los procedimientos que emplean para llegar á la realización de esta idea: el primero es más violento que el segundo, quizá porque se cree más fuerte.

Aqué halagaba las pasiones de las masas del radicalismo: esperaba así alcanzar la Presidencia de la República.

Coloso de hierro con piés de arcilla, cayó al leve soplo de una coalición parlamentaria, y todo parece indicar que no se levantará jamás. Su popularidad se ha desvanecido; ha pasado como flor de un día. Sus amigos le abandonan poco á poco, convencidos de que es general que, aunque pueda conducirlos todavía á la victoria, jamás logrará conducirlos al botín.

Su órgano en la prensa, que era el catecismo diario de más de cien mil franceses, vive de los recuerdos de lo pasado, mejor que de las realidades de lo presente y de las esperanzas de lo porvenir.

El segundo vive del temor de que pueda levantarse otra vez el coloso derribado por la coalición parlamentaria. No halaga á las masas del radicalismo; pero procura como puede acallar sus gritos, y no se atreve á apoyarse ni aun en los elementos más conservadores del partido republicano.

El día en que no tenga botín que repartir, se aliarán los descontentos y su hora habrá llegado.

¡Triste suerte la de Francia, castigada por Dios á pasar de M. Gambetta á M. de Freycinet, de M. de Freycinet á M. Duclerc, y de M. Duclerc quizá, y aun sin quizás, á M. de Clemenceau!

Así castiga Dios á los pueblos que no saben aprovechar las ocasiones que les envía de regenerarse y salvarse.

Los que en la Asamblea Nacional impidieron la restauración monárquica contrajeron, sin duda ninguna, graves responsabilidades, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres.

**

La situación de Alemania apenas ha sufrido modificación alguna esencial, si no es el aumento de la irreligión y del excecicismo, monstruos engendrados del socialismo, gracias á las cadenas que todavía aprisionan allí á la Iglesia.

Bismarck adelanta poco en el camino que conduce á la paz religiosa, porque no da un paso sin pretender que la Iglesia dé otro, en la forma y manera que al Estado cree conveniente.

El único hecho de importancia y trascendencia que se advierte en el especial modo de ser de la política interior de este imperio, es, sin duda ninguna, la alianza cada vez más estrecha de los conservadores protestantes y de los católicos del Centro.

Gracias á esta alianza, realizada sin que los católicos hayan tenido que imponerse sacrificios de ningún género, Bismarck se ve obligado á no poder adelantar en sus proyectos de reforma económica, sin solicitar el apoyo de los diputados del Centro.

Cada vez que se ha aventurado sin este auxilio á presentar sus planes al Parlamento, ha sufrido las más terribles derrotas.

No se ve todavía de qué medio se valdrá la Providencia para lograr en este imperio el restablecimiento de la paz religiosa. Pero sirve de consuelo, en medio de tantas y tantas tristezas, ver cómo los católicos están siempre vigilantes en la brecha, defendiendo con esforzado ánimo sus derechos y mostrándose por su heroísmo y abnegación á la altura de la gloriosa causa que defienden.

Preciso es reconocer que la conducta del Canciller alemán en el conflicto originado por el incidente Martinucci, defendiendo ante el titulado reino de Italia, los derechos de soberanía del Papa en el Vaticano, es digna de la consideración y del aplauso de los buenos.

* *

Mientras la fe, la piedad, la religión parecen perder terreno en las naciones del Centro y del Sur de Europa, los católicos de otras regiones ven brillar auroras de más felices días.

En Italia, la revolución sabe que ha de morir su obra de la unidad de aquella Península á manos del Pontificado, y quiere, como ya quería Voltaire « aplastar al infame, » á fin de ver si de este modo evita la muerte propia.

M. Frere-Orban sigue en Bélgica persiguiendo cruelmente á los católicos, que si consiguieron grandes victorias en las elecciones de diputados á Cortes y en las de Ayuntamientos, no fueron estas victorias bastante completas para arrojar del poder á los sectarios.

Hállase Suiza en un período de transacción. El favor popular empieza á abandonar á los radicales, y á inclinarse cada vez más claramente del lado de los conservadores, protestantes y católicos. Las victorias de la verdad y de la justicia, alcanzadas en los últimos plebiscitos, son, indudablemente, seguros presagios de otras más decisivas.

En Holanda, los católicos se han convencido al fin, de la necesidad en que están de organizarse para luchar con sus naturales adversarios en el terreno político, y empezada la obra de la organización alcanzan triunfos serios en cuantas elecciones parciales se realizan.

No da seguramente el terreno mejor preparado más abundantes frutos que conversiones ve realizarse diariamente en su seno la poderosa reina de los mares. La inmensa mayoría de los convertidos pertenece, como es sabido, á las clases que se ha dado en llamar directoras, lo cual, evidente es, da mayor importancia y trascendencia á estas conversiones.

En medio de los negros nubarrones que cubren el cielo de Rusia, ven los polacos brillar actualmente un rayo de esperanza, que ha llevado la alegría á sus nobles corazones, afligidos con tantas amarguras.

Premie el cielo el patriotismo y la fe de los polacos, convirtiendo este rayo de luz en sol de reparadora justicia.

* *

La fe, que huye de las naciones latinas, entregadas á la indiferencia y al excepticismo, no sólo brilla como en las mejores épocas de progreso cristiano en Inglaterra; no sólo espera más tranquilos días en Polonia, sino que en Oriente es río caudaloso que todo lo remueve y vivifica.

En la Turquía Europea, como en Armenia; en la Palestina, como en Persia; en el Indostan, como en China; en el Afghanistan, como en el Japón, como en la inaccesible é inexpugnable Corea, centenares de almas, pueblos enteros, ciudades importantes abandonan las tinieblas del paganismo ó del cisma en que han vivido, para entrar á formar parte de la Iglesia, en que brilla siempre pura la luz de la verdad.

El movimiento de retorno del Oriente al seno de la unidad católica, recuerda los dichosos días de los primeros siglos y de los siglos medios, en que era imposible contar el número de los que, movidos por la gracia, abrazaban la verdadera Religión.

Obliga aquí el amor filial á consignar que estos grandes y saludables frutos son principalmente debidos, después de Dios, á la Santidad de Leon XIII, que en éste, como en los anteriores años, á pesar de los cuidados de la lucha que en Europa sostiene con la Revolución, ha dedicado gran parte de su celo al fomento de la propaganda católica en Oriente.

Mons. Azarian ha declarado últimamente que, á pesar de la victoria alcanzada por las armas, y por la diplomacia inglesa en Egipto, el Oriente sería católico dentro de una época relativamente breve, si dispusiera de los recursos necesarios para poder enviar un sacerdote á todas las poblaciones que lo piden.

* *

Dos conflictos entre la Iglesia y el Estado quedan principalmente pendientes al espirar este año. El uno en Chile, y el otro en Portugal.

El primero alcanzará seguramente más fácil solución que el segundo. El Gobierno de Santiago, que se titula republicano y aun liberal, ha invocado antiguas regalías contra la libertad de la Iglesia.

Pero, felizmente, los pueblos han protestado contra tan grave injusticia, y el Gobierno, que quiera que no quiera, habrá de ceder en sus absurdas pretensiones.

En Portugal, la mala semilla depositada entre el pueblo por los jansenistas y regalistas del siglo pasado, ha dado desgraciadamente no escasos frutos, lo cual hace que la opinión católica tenga menos fuerza de lo que generalmente se cree.

Los liberales que ocupan el poder se parecen no poco, aun titulándose y todo conservadores, á nuestros progresistas. Necesitan comer carne de cura para vivir, según frase consagrada por el uso.

De aquí que el conflicto revista mayor gravedad, y que deba temerse que tome mayores proporciones.

* *

Juzga Dios á los muertos inmediatamente después que abandonan el mundo.

Los juicios de los hombres, imperfectos como son, necesitan de grande meditación y de no pequeños estudios, y mostrarse desnudos de toda pasión, si han de pasar por justos y verdaderos.

Bien podemos decir que el año de 1882 ha muerto.

Dios le juzgará, y el fallo quedará ignorado por los hombres.

También los hombres le juzgarán. Pero sólo serán acertados sus juicios cuando la demasiada proximidad de los sucesos no haga que la vista de algunos hechos oscurezca la de otros.

D. ISERN.

LA CIUDAD DE DENIA

I

Si la historia del género humano es la antorcha que debe guiarle en la noche de su porvenir, porque jamás podrá prescindir de su pasado al buscar nuevos ideales; si cada nación tiene su carácter particular y lecciones propias que nunca debe poner en olvido, la misma razón milita para que cada población atienda á su pasado, que, estudiado bien, le indicará claramente adonde puede ir en sus aspiraciones.

Cada ciudad tiene su modo propio de ser, lo que podríamos llamar su fisonomía, y á veces con líneas tan salientes, que ni los cambios de la sociedad, ni las vicisitudes de los tiempos, ni hasta los achaques de la fortuna, las pueden borrar. Como sucede en el hombre que á pesar de variar de ideas y costumbres no puede abandonar su genio y complexión; así en las poblaciones cuyos caracteres son bien definidos, se las reconoce á pesar de los tiempos y de las ideas, por más que se arruinen ó naden en la opulencia.

Denia es una de esas ciudades que, dada su situación, tienen un destino claramente señalado por la Providencia, cuyo porvenir se puede de antemano calcular, sólo con atender á las circunstancias de los tiempos, cuyo destino es vivir siempre, pues su vida no la toma de una topografía accidentalmente ventajosa, sino de su posición geográfica inmejorable, causa de su grande importancia en las épocas más remotas y de la no menor que está llamada á conseguir en un porvenir no lejano.

Está Denia situada á la falda de una pequeña colina junto al mar, á los 38°, 50', 45'', latitud N., y á los 6°, 18', 15'', longitud E. del observatorio de San Fernando. El monte Mongó forma al S. de Denia una barrera que, extendiéndose de O. á E., se interna mar adentro, levantando orgulloso su frente majestuosa, que forma el cabo de San Antonio. Al N. principia el antiguo seno Sueronense, ahora golfo de Valencia, que se extiende hasta la embocadura del Ebro: al S. del Mongó está el Seno Ilicitano: enfrente muestra Ibiza la silueta de sus montes, visibles desde aquí en días serenos. La cumbre del Mongó, oculta con frecuencia por las nubes, es la primera tierra que, en figura piramidal y á modo de isla, descubren los navegantes, á los que sirve de rumbo para llegar á su puerto.

Formado este por dos placeres naturales, que, dejando una buena entrada, sirven debajo de las aguas de escollera donde el mar pierde su fuerza, permite á los buques que en él se guarecen anclar seguros contra la tempestad. Y tal es su situación, que justamente los vientos que hacen peligroso el tan temido golfo de Valencia, no permitiendo á las embarcaciones remontar el cabo, son precisamente los que las llevan en popa á su tenedero, donde las aguas permanecen tan tranquilas como las de un lago.

II

La situación de Denia y la bondad natural de su puerto fueron un poderoso aliciente para que los primeros colonizadores, cuyo camino fué el mar, pusieran aquí su asiento. Los civilizados pueblos del Oriente fueron los que nos enviaron primero las colonias tirias y las focenses después, con las cuales rodearon nuestras costas de ricas factorías, focos de civilización, que los sencillos iberos compraron con el precio de su libertad. Una colonia focense-massaliota fué la que en el siglo VI antes de nuestra era puso aquí su asiento y fundó una ciudad, que llamaron ARTEMISIÓN, del nombre de *Artemis*, la Diana de los griegos, á la que erigieron un templo.

El comercio, que los massaliotas traían de la Focea, hereditaria del genio jónico de sus antepasados, les aconsejaba tomar aquí asiento, junto á su seguro puerto, y la necesidad de la defensa les obligó á guarecerse junto al promontorio, salvaguardia de sus riquezas y custodia de su diosa, que no es precisamente la Diana cazadora, habitante de las selvas, acompañada de sus ninfas y rodeada de su jauría bulliciosa, sino más bien una madre cuyo seno estaba cubierto de innumerables pechos y alrededor de cuyo cuerpo veíanse cabezas de ciervos, toros y otros animales.

A causa de la situación de Artemisión, la llamaron también los griegos *Hemeroscopeion* (atalaya diurna); pues, como dice Estrabón, « es lugar visible desde muy lejos á los que hacia él navegan, » pareciendo una isla en medio del mar. Por la misma razón que los griegos *Artemisión*, llamaronla *Dianium* los latinos, quienes adjetivaron el nombre de la diosa al formar *dianenses* en vez de *dianienses*, que correspondía por el de la ciudad.

A la voz halagüeña de libertad siguió Denia el partido de Sertorio, el que sirvió de su puerto por arsenal, de su fortaleza por defensa, y de Diana por protectora de sus empresas atrevidas. Al concluir aquella brillante aunque desgraciada epopeya, que sólo sirvió para remachar las cadenas de su esclavitud, y sujetarla, como á casi toda España, al carro de triunfo del dictador, Denia queda herida de muerte y sellada su frente con el dictado de *estipendiaria*.

Sin duda había ofrecido Denia admirables condiciones para aquellas guerras. Además de su inexpugnable fortaleza y de su seguro puerto, tenía la ventaja de que desde la cumbre del elevado Mongó se podían descubrir horizontes vastísimos, pues sobrepujando en altura los montes vecinos parece el rey de estas cordilleras, y á sus piés el mar bañando sus faldas, dibuja á su vista las costas de ambos senos suconense é ilicitano, como también las Baleares, que parecen otros tantos centinelas del peligroso golfo de Valencia. Y tal fué la importancia de esta ciudad en aquellas circunstancias, que á Cicerón, cuando pronunciaba sus magníficas oraciones contra C. Verres, no le parecía que podía haber sertorianos, al acaecer el asesinato de Q. Sertorio, más que en Denia, desde donde huían por temor de las legiones romanas, y de cuyo puerto habían antes salido los emisarios, que, por todas partes, hasta Sínopo en el Ponto, habían ido á concitar enemigos al pueblo rey.

La paz, madre del comercio y de la prosperidad, hace luego adelantar á Denia lo que hasta aquí perdido había, y si bien las historias callan sus progresos, nos los pregonan los restos que de la época romana se descubren en estos alrededores todos los días: timbres que se pierden para no adornar ya su corona, glorias que pasan para caer en el olvido, dotes elocuentes que nos prueban la importancia del que fué *oppidum stipendiarium*, después *municipium dianense*. Se podría fácilmente, con las estatuas, inscripciones, objetos de cerámica, mosaicos, columnas y otros restos arquitectónicos griegos y romanos, aquí encontrados, formar un museo bastante completo, si lo que está en poder de particulares ó se ha perdido se hubiera tenido el feliz acuerdo de reunirlos y conservarlos.

Estaba la ciudad romana colocada á la falda del castillo, al que rodeaba, y se extendía de N. á S., frente al puerto, siendo tan grande su perímetro, cercado de fuertes muros, que fácilmente podría contener más de los 40.000 habitantes en que calcula su población un cronista. Además del puerto actual, que podemos llamar *exterior*, se formaba otro *interior*, introduciéndose el mar algunos centenares de metros hasta llegar á la población actual. Aún se ven los estribos del puente que unía, cerca de la playa, la antigua ciudad con su arrabal. De tantas grandezas apenas quedan hoy algunos vestigios: pedruzcos arruinados de murallas frente al mar, pequeños restos arquitectónicos y esculturales acá y allá esparcidos, indicios apenas de una gran ciudad, á la que las guerras perdieron.

Y aun las piedras que de ella se escribieron.

III

Los bárbaros del Norte, que cual langosta devastaron toda España, convirtiendo en ruinas sus ciudades, destruyeron la nuestra hasta tal punto, que poco después la visitaba Avieno, y decía que en otro tiempo había en el Hemeroscopio una ciudad populosa, pero que entonces yacía *despoblada* junto á un estanque de poco fondo. He aquí á lo que quedaban reducidos Denia y su puerto interior, á los embates de aquel huracán que secara las fuentes de su riqueza: el comercio y la agricultura.

Pero pronto renace Denia, como el fenix de sus cenizas, y pasado algún tiempo, la paz la puebla, el comercio la vuelve á enriquecer. A principios del siglo VII, ya la encontramos constituida *Sede episcopal*, y los *Obispos dianenses* suscriben las actas de los concilios toledanos, pues al V acude su obispo Antonio, quien envía á su diácono Pedro al VII; en el VIII firma el arcediano Conancio por su obispo Maurolo; en el XI vemos á Félix, que se hace representar en el XII por su procurador Vincencio, y en el XIII por Sejuldo, terminando la serie de Obispos conocidos de Denia con Marciano, que asistió al XIV y XV, y envió al XVI á su arcediano Vítilo.

IV

Al llegar el siglo VIII, se presenta á sus puertas otro linaje de bárbaros, salidos de los secos desiertos de la Arabia. La ciudad goda es atajada en su prosperidad por otra conquista; subyugada por Tarik, es forzosamente su destino al de aquel que la victoria nombra su señor, y arrastra las cadenas de nueva esclavitud, si bien es verdad que su destrucción no es tan grande como la que presenciara Avieno tres siglos antes, y que aún subsistieron aquí fieles y sacerdotes, por más que cesen de nombrarse sus Obispos.

A mediados del siglo VIII, era ya Denia ciudad de alguna importancia entre las cien principales de la España musulmana, y una de las que Jussuf-el-Fehri señaló por capital de Waliato. En Denia recibió Abderraman I la cabeza del desventurado Hafil (786), último sostén de Cassim, el menor de los hijos de Jussuf, el obstinado enemigo de los omeyas. También la visitaron los califas Al-Haquem (801) y Abderraman III (918).

El suceso culminante de la época musulmana en Denia es el establecimiento de un reino, que la tiene por capital, á la caída del califato de Córdoba con la muerte de Almanzor. A un talento superior había unido éste privilegiadas dotes de mando, lo que le constituyó el mayor político y el mejor general de su tiempo, el ídolo del ejército y del pueblo. Hagib, esto es, primer ministro de Hixem II, fué absorbiendo de tal manera el poder, que la autoridad del califa era nula; todo lo era Almanzor, pues hasta puede decirse de él que era el Rey y la Monarquía. Con su muerte debían hundirse aquél y ésta, pues los hijos de Abu-Amir no heredaron ni los talentos ni las virtudes de su padre.

V

Era Walí de Denia, y sus amalias desde 1011 *Mochéhid-edim-ben-Abdala*, de origen *rumí*, hombre astuto y de gran ánimo, como asegura el cronista arábigo y prueban sus hechos. Decapitado Wadah y vencido Hairan, el último de los amiridos, quedaba destituido Hixem II y libres de sus compromisos los walíes del partido de Almanzor (Abu-Amir). No podía presentarse á Mochéhid ocasión más favorable para realizar sus sueños de gloria. Caudillo de una comarca rica en frutos de toda clase, teniendo por base de sus operaciones una fortaleza inexpugnable y un puerto de mar seguro y capaz para sus flotas, no tuvo necesidad para declararse independiente, más que de mudar, como lo hizo en 1013, su título de walí por el de hagib, que había usado Almanzor, y acuñar moneda en su nombre.

Joven aún, y emprendedor, no se contentó con esto y quiso ensanchar las fronteras de sus dominios, pues veía la ocasión favorable para atrevidas aventuras. Tomó, pues, los sobrenombres guerreros de *Abu-l-Chihux* (padre del ejército) y el de *Almowafec* (el que prospera por la gracia de Dios), con los cuales le conoce la historia, y determinó apoderarse de las Baleares. Dispuso, pues, en 1015 una buena flota, con la cual salió de Denia en el mes de Marzo, y se dirigió á las islas. El éxito coronó sus afanes y quedaron unidas á sus posesiones del continente.

No se dió con esto por satisfecho. Al poco tiempo ya le vemos partir para Cerdeña con una flota de ciento veinte velas, acaso la misma con que había sojuzgado las Baleares. Al principio, la fortuna favoreció su empresa y pudo apoderarse de toda la isla,

aunque no de su capital; pero luego mudó sus favores la inconstante suerte, y al verse Mochéhid acometido por los refuerzos que las repúblicas italianas enviaron á los cristianos de Cerdeña, y deshecha la mayor parte de sus naves á los embates de furiosa tempestad, tuvo que abandonar su empresa temeraria, dejando náufrago y prisionero en poder de los enemigos á su primogénito Alf. Vuelto á las Baleares, y después á Denia, su primer cuidado fué el rescate de su hijo, que consiguió á grande precio, y dedicó toda su atención á conservar sus estados.

Como buen político, procuróse alianzas con las principales casas reinantes, así es que vivió siempre en perfecta amistad con los condes de Barcelona, casó una de sus hijas con un príncipe de Sevilla y otra con el de Zaragoza, y á su hijo Alf con la del de Almería, pues con estos enlaces procuraba estrechar sus relaciones con los principales amiridos y totjibitas. En su ciudad de Denia, el año 1044, después de un largo reinado, cosa extraña en aquellos revueltos tiempos, falleció Mochéhid, el fundador de uno de los más importantes reinos de taifas de la España musulmana, dejando dos hijos Alf y Haçán.

Parece que Mochéhid pensó en dividir el reino entre los dos hermanos y que tuvieron éstos alguna desavenencia con este motivo al fallecimiento de su padre; pero un año después ya vemos á Alf acuñar moneda en Denia y las Baleares á imitación de su padre.

VI

Tomó Alf el sobrenombre de *Ikbalo-d-daullah* (fortaleza del Estado) y procuró conservar las amistades de su antecesor. Un reputado cronista arábigo hace de él este retrato: «No sé que hubiese uno más probo que Alf, ni más limpio de fama, ni más continente en la vida doméstica: no bebía vino ni se familiarizaba con los que le bebían:» cultivaba las ciencias y respetaba á sus amantes. En su tiempo florecieron las letras en Denia, como es consiguiente, pues fué tolerante con todos, hasta con los cristianos. Era Alf el principal favorecedor del célebre jurisconsulto y filólogo Othmán-ben-Said, de quien se dice que escribió más de cien tratados sobre diversas materias y es el autor del *Método fácil de leer el Corán*, que se conserva manuscrito en la biblioteca del Escorial, en cuya obra trata sobre las variantes de las siete lecciones más notables del libro de su profeta.

Con fecha de 26 de Diciembre de 1056, estando Alf en su ciudad de Denia, previo el parecer de sus hijos y de los próceres de su consejo, expidió un decreto en que establece: «que todas las iglesias y el obispado de su reino, tanto en las Baleares como en Denia, quedasen en adelante sujetos á la Sede de Barcelona y á su prelado Gislaberto, y que todos los clérigos, presbíteros y diáconos, moradores de dichos lugares, no pudiesen pedir á otro Obispo alguno la ordenación sagrada, la consecución del crisma, ni cargo alguno eclesiástico.» El Obispo Gislaberto tuvo buen cuidado de que esta concesión, que en sí no tenía fuerza canónica, fuese reconocida y aceptada por los Obispos que acudieron á la dedicación de la catedral de Santa Cruz y Santa Eulalia. Prueba fehaciente de la tolerancia de Alf con los cristianos de sus estados, pues en este documento provee á sus necesidades, y dato seguro de su amistad con los condes de Barcelona.

La nobleza de sentimientos de Alf, que no gustaba de guerras y de enemistades, perdió á él y á su dinastía. Habiendo dispensado protección y acogido en sus dominios algunas familias poderosas, que disgustadas de Al-Moktadir de Zaragoza huyeran de sus estados, se vió envuelto, á pesar suyo, en la guerra con éste, que terminó con apoderarse de Denia en Abril de 1076 y llevarse cautivo á Alf, que seis años después murió en su prisión de Zaragoza. Triste fin de quien poseía un tan bello corazón.

VII

Muerto *Al-Moktadir*, correspondió el reino de Denia, no sin porfía, á su hijo *Mondzir*, con Tortosa y Lérida, pero sin las Baleares, que habían poseído Mochéhid y Alf. Tomó el nuevo rey el sobrenombre de *Imado-de-daullah* (columna del estado), y es el mismo que las crónicas cristianas nos presentan en continua lucha con su hermano Al-Mutáman y con el Cid Campeador, y que unas veces llaman Alfagib, otras Alfagio y Aben-Alfange. Sus instintos guerreros no le dan un instante de reposo. Ya se le ve en Monzón, ya cerca de Lérida. El Cid desbarata sus huestes y las de su aliado Don Sancho de Aragón, cerca del Ebro, y poco después ya hace el de Denia una correría por tierras de Castilla hasta Consuegra, y vencido una vez, vuelve otra con más bríos sobre su adversario. Al-kadir de Valencia sitia á Já-

tiva: vuela entonces á su socorro Mondzir, obliga al sitiador y á su aliado Alvar Fañez á levantar el cerco, entra en la ciudad, que queda á su devoción, persigue luego á Al-kadir y le obliga á ponerse dentro de los muros de su capital, por la que pasa el de Denia, que corre á Tortosa, y mejor equipado baja después á formalizar el sitio, que concluye con las paces de su vecino y la toma de Murviedro.

La vida de Mondzir es un continuo combate. Para hacer frente á los sucesos que se precipitan, pacta alianza con los Condes de Barcelona, y suscita enemigos por todas partes al Cid, señor ya de Valencia. Atacado por todos lados, á todos hace frente, bien vengan solos ó ya se junten en su daño. Nunca consigue el enemigo que se declare vencido, pues infatigable siempre, allega recursos, reúne tropas, contrae alianzas, y pronto como el rayo, cae sobre su competidor, conduciendo sus haces en persona. El pesar que causó á Mondzir la derrota de su aliado el Conde de Barcelona en la batalla de Tobar del Pinar causó tal efecto, según cuentan los historiadores, que enfermó y murió al poco tiempo (1090?) dejando por sucesor á un hijo de corta edad, bajo la tutela de los Beni-Betr.

Çuleimán ben-Mondzir, conocido en las monedas que con su nombre se acuñaron en Denia y Tortosa por *Çido-de-danlah* (príncipe del estado), reinó pocos años, durante los cuales sus tutores pactaron treguas con el Cid, y en su tiempo sobrevino la entrada de los Almoravides, quienes obligaron al de Vivar á replegarse sobre Valencia y se posesionaron de los estados del tierno niño. Fué después Denia una de las poblaciones que aclamaron á Aben-Hud: vióse luego en poder de los Almohades; y por fin, siendo su walí Giomail-abu-Zeyan, apoderóse éste de Valencia y se declaró independiente.

VIII

Pero ya le había llegado la última hora al poder de los moros en estas encantadoras playas, y las armas del conquistador de las Baleares se dirigen contra Valencia. Poco después plantaba Don Jaime I de Aragón su estandarte glorioso sobre sus muros, reservándose al vencido solamente las plazas de Cullera y Denia. El 11 de Mayo de 1244, después de obstinada lucha, tomó posesión de nuestra ciudad don Pedro Eximen Carroz en nombre del monarca aragónés.

La importancia militar de Denia hemos visto repetidas veces que ha sido la causa de sus desgracias por la misma razón tuvo que disponer el Conquistador que la abandonaran los moros, y que sólo la habitasen en adelante los cristianos. Y los mahometas; nos, que eran el nervio de su riqueza, tuvieron que instalarse en las aldeas comarcanas ó pasarse á países distantes. El capitán Carroz fué el encargado de repartir entre los vencedores todo cuanto había pertenecido á los vencidos; sus casas, baños, talleres, hornos, molinos, huertos, alhóndigas y las tierras todas del término, que es muy grande, pasaron á poder de cristianos.

Poblada por éstos nuestra Denia y rodeada de aldeas y lugares moriscos, que exclusivamente dedicados á la agricultura, de cuyos productos se servían únicamente, debía tener por precisión muerto su comercio, pues el genio de sus nuevos moradores era más devoto de Marte que de Ceres y Pomona, y menos aún del mismo Mercurio.

Siglos enteros se necesitaron para que aquella crisálida, encerrada en los altos muros del castillo, transformara su modo de ser y apareciera brillante mariposa. Apenas empieza nuestra España á entrar en épocas de paz, y por consecuencia á alejarse los peligros y animarse el comercio, cuando Denia abandona el recinto murado, baja á la llanura, vuelve á la orilla del mar y desde allí desarrolla otra vez su comercio y su agricultura, y empieza á tomar de nuevo aquella importancia que tuvo en los pasados siglos.

Feudó primero (1324) de los segundones de la casa Real de Aragón y después (1431) de la castellana de Sandoval y Rojas, vivió largos siglos regida por la legislación foral de este reino, tan conforme á las costumbres cristianas de nuestro pueblo, el más libre y el más católico de Europa. Aunque tuvo Señores, no conoció el feudalismo propiamente dicho, y aunque tenían aquí toda la autoridad que el rey en sus tierras, no fueron sino padres pródigos siempre y atentos al bienestar de sus hijos.

Fué uno de sus marqueses el célebre D. Francisco de Sandoval, privado de Felipe III, y por más que de su gestión como primer ministro de la monarquía no esté satisfecha la historia, debía Denia agradecerle levantarle una estatua, pues con ella fué espléndido, de su honra cuidadoso, amante de sus hijos y promotor de todas sus mejoras. Durante su vida tuvo su apogeo en Denia la época foral, pues entonces florecieron sus santos, sus literatos y sus hombres

de armas y negocios, brillando con más esplendor que nunca su nombre.

Tres veces estuvo á visitarla Felipe III, solazándose en su verde campiña y en sus pintorescas playas, y hasta subiendo las escarpadas cuestas del Mongó, cuyas cuevas, llenas de estalactitas, admiraba. A 4 de Abril de 1612 concedióle título de ciudad, é intentó por dos veces celebrar en ella Cortes. Otros personajes ilustres visitaron á Denia en lo restante del siglo XVII, entre ellos doña Mariana de Austria (1649), esposa de Felipe IV, y doña Margarita, su hija (1666); pero dejaremos los detalles de sus viajes para pasar á otra cosa, si bien menos brillante, de mayor importancia.

He podido registrar uno por uno todos los acuerdos de los Jurados y Consejos de Denia desde 1609 hasta 1705, y constantemente, sin discrepar un solo año, resulta que las elecciones del Justicia, las del Mustazaf, y las de los Jurados y Consejo, se verificaron indefectiblemente todos los años en el día respectivo señalado por el fuero de Valencia, y en la forma y manera en el prevenidos, y los sujetos elegidos entraron siempre, sin protesta alguna, á ejercer sus funciones. Item. Para cosas que ahora se reputarían triviales, se reunía el *Consejo general*, en que tenían voz y voto *todos los vecinos honrados*, es decir, todos los que no tenían tacha legal, y aparece constantemente que, sin atender á la importancia del acuerdo que se iba á tomar, acudían á ejercer su derecho tantos cuantos eran los cabezas de familia que había en la ciudad. Estos hechos no necesitan comentario.

IX

Pero pasaron aquellos apacibles tiempos, y la guerra, que tantas veces había arruinado á Denia, forja de nuevo sus armas homicidas. El 16 de Agosto de 1705 se presenta aquí una armada numerosa, que lleva á bordo al archiduque de Austria. Desembarca el general D. Juan Bautista Basset, que viene á conferenciar con el gobernador de la plaza, D. Felipe Antonio Gavilá, y al otro día es proclamado rey de España D. Carlos III, con cuyo hecho da principio la guerra de sucesión, que tanta sangre había de verter.

Desde aquel día vióse Denia presa de los horrores de una guerra cruel, durante la cual tuvo que sostener tres apretados sitios, que la convirtieron en un montón de ruinas, hasta que el 12 de Noviembre de 1708 las tropas de Felipe V tomaron por asalto la ciudad, y cinco días después se rindió el castillo, último refugio de los partidarios del archiduque en este reino. Nunca con más propiedad se ha podido decir que en esta ocasión de Denia aquello de Ovidio.

«Sic facies Trojae cum caperetur erat.»

El incendio, la devastación y la ruina, no habían dejado piedra sobre piedra. Centenares de casas arrasadas, talados los campos y arrancados sus árboles, los templos arruinados y el castillo sin defensas: este era el estado de Denia que no parecía más que un montón de escombros.

De sus habitantes sólo encontró D'Asfeld treinta y seis vecinos ancianos y pobres, á quienes no les había sido posible huir de tanta devastación, y que tuvieron el triste destino de presenciar la ruina de su patria. ¡Maldita importancia militar, que tantas veces ha sido causa de la destrucción de una ciudad á la que la fortuna sonreía!

X

Pero gracias á Dios, Denia ya no teme tales desdichas. Los adelantos de la balística han hecho inútiles las fortificaciones en otro tiempo formidables: Denia ya no es plaza fuerte. El vapor ha sustituido á la pólvora, las cajas de pasa á las de metralla, y en vez de buques de guerra, visitan su puerto los que esta plaza comercial envía llenos de frutos á todas las partes del globo.

Desde los días de Felipe V va Denia creciendo poco á poco, pero sin cesar. Seis meses después de la toma de esta ciudad, sólo se habían podido reunir en ella 144 vecinos, cargados de deudas y abrumados por el infortunio; el municipio tenía un déficit de más de un millón de reales, sin casa capitular y sin templos. A principios del siglo actual, tenía ya Denia 500 vecinos, había construido dos magníficos templos y un convento, estaba libre de aquella enorme deuda, y era incorporada á la corona. La guerra de la Independencia que sobrevino causóle apenas un pequeño retraso en su progreso.

Necesitaba tres cosas Denia para ocupar el lugar distinguido que le corresponde entre las demás ciudades de la España moderna y las va consiguiendo. Debía ante todo desarrollar la riqueza de su fértil suelo, y el comercio facilitó los capitales: menos de 70.000 quintales de pasa de planta se recogían en

estos alrededores, y se embarcaban en el puerto de Denia; salen ahora de aquí más de 700.000 quintales de rica pasa moscatel, no ya sólo para Inglaterra como antes, sino que en gran cantidad se destinan á los Estados-Unidos y el Canadá. Las vías terrestres eran la segunda necesidad de Denia, y ya tiene carreteras que la unen con el interior; está próximo á inaugurarse un ferro-carril que nos una con el de Valencia á Almansa, y se están proyectando otros para Alicante y Alcoy. Pero la mejora que debe coronar los esfuerzos de Denia es la de su puerto, cuyas obras no sólo para ella son beneficiosas, sino mayormente para la navegación en general, que encontrará aquí el único puerto posible de refugio en el peligroso seno suroccidental, que hace tantos siglos absorbe víctimas y grandes intereses comerciales y marítimos. No es posible dudar que en un día no lejano, la indisputable importancia de su creciente población (llega ya á 10.000 almas) y el aumento extraordinario de su comercio obligarán á los gobiernos á reconstruir este puerto, base de su grandeza y objeto de su misión providencial en las costas valencianas.

ROQUE CHAVAS.

FR. DOMINGO DE JESÚS MARÍA

BATALLA DE PRAGA. — SU GLORIOSA MUERTE

(Conclusión.)

CUENTA el cronista de los portentosos hechos que muy someramente vamos narrando, que lo fué el obispo de Albaracín D. Fray Antonio Agustín (año 1669), que el 17 de Junio de 1620 emprendió Fr. Domingo su viaje á Alemania, acompañado de dos frailes.

En este viaje recibió plena confirmación lo que había dicho Jesucristo á Santa Teresa de Jesús: — *Hija, la obediencia da fuerzas!* porque el venerable Domingo, no sólo llegó al punto donde se dirigía, sano, sino animoso y rebosando ardimiento. Así que vió al duque Maximiliano, prescindiendo de etiquetas cortesanas, exhortóle á salir á campaña, y al ver á la duquesa afligida por el éxito incierto de la lucha, puesto caso que todas las probabilidades humanas estaban de parte de los herejes, la consoló, ofreciéndole devolverle al duque sano y vencedor.

Puesto al frente del ejército con el carácter de legado apostólico, bendijo el estandarte del duque, su general en jefe, y dirigió á las tropas un enérgico sermón, ofreciéndoles la victoria si ponían su confianza en Dios, disponiendo que todos, desde el duque hasta el último soldado, llevasen el escapulario de la Virgen del Carmen. Aunque tenía certeza del triunfo, no tuvo la revelación de sus circunstancias hasta el día de la Asunción de Nuestra Señora.

El ejército católico contaba con menores fuerzas, aun después de haberse unido con los imperiales y españoles. En los primeros días de Setiembre entró por Bohemia, y á principios de Octubre puso sitio á la ciudad de Pilsen. Al visitar pocos días después las ruinas de un palacio recientemente saqueado y quemado por los luteranos, encontró allí el P. Domingo asquerosamente profanado un cuadro que representaba el parto de la Santísima Virgen. Afligido é indignado á la vez, lo limpió, y presentándola á los jefes de las tropas, díjoles en son de profecía: — «Esta imagen ha de ser célebre en todo el mundo, y muy venerada.» Y en efecto, lo es en el día en el convento de la Victoria de Roma.

Corría el año de 1620, cuando la herejía había echado tan hondas raíces, que pocos eran los pueblos de Alemania que se veían libres de la pestilencia que propagaba en aquel país con el auxilio del osado y sacrilego Elector Palatino del reino, quien confederado con otros muchos príncipes herejes, había fantaseado dominar el imperio después de haber avasallado gran parte del reino de Bohemia, y conseguida la rendición de la ciudad de Praga, presumía el temerario desterrar la fe católica de todo aquel imperio.

El emperador Fernando II salió á la defensa de nuestra religión sacrosanta y de su imperio, oponiéndole un ejército regular, y amparado por el Pontífice, y con la ayuda de otros potentados católicos de Italia y Alemania, formó otro que se denominó auxiliaria Liga, cuyo mando se confió al príncipe Maximiliano, duque de Baviera, en quien competían la generosidad y el valor con la piedad natural, en la cual, como en su centro, descansaba su celo por la honra de Dios.

Ya hemos visto que á sus activas gestiones y repetidas instancias debióse el que la Santidad del Pontífice Paulo V permitiese á Fr. Domingo partir de Roma para trasladarse al teatro de la guerra; porque, después de Dios, de aquel santo fraile esperaba

muy segura la victoria contra la impiedad de tantos monstruos; siendo indudable que entró por mucho en la resolución del Papa, para el tan penosa, el interés general del catolicismo.

Es de notar que al presentarse un día, siendo ya general, ante el Papa, le dijo éste: — *Y bien, Padre Fr. Domingo, ¿qué haremos? Que el duque de Baviera nos aprieta para que lo enviemos á Alemania, á donde necesita de vuestra persona en las corrientes emergencias de la guerra.* A lo que con humilde resignación y rendimiento contestó: — *Vuestra Santidad es quien ha de resolver lo que más conviene, pues por lo que á mí toca, se me hará corta cualquiera gran distancia, ni para dejar de ejecutar las órdenes de vuestra Santidad y aumentar la gloria de Dios Nuestro Señor, me acobardarán los peligros que podrán ofrecerse en esta empresa.* Y asiendo del santo Crucifijo que pendía de su pecho, añadió: — *Con este caudillo me esforzaré en el campo, de modo que persuadiendo á los católicos á la defensa de la causa de Dios, con la ruina de los rebeldes de la santa Iglesia se promete muy buena la victoria.* Palabras que dejaron al Pontífice tan admirado como lleno de esperanza, y que por su fe hacían esperar un próspero suceso. Muchos de los Cardenales y Príncipes que le habían confiado sus almas intentaron de varias maneras estorbarle el viaje; pero todo fué en vano, por quererlo así Dios, y emprendió la marcha. Al despedirse el P. Fr. Domingo del Sumo Pontífice, le comunicó sus instrucciones sobre lo que debía hacer en Alemania, así como concedióle grandes indulgencias para que las distribuyese por el camino y en el ejército, autorizándole además plenamente para absolver de la herejía y dar la bendición apostólica á todos los católicos que muriesen en la batalla.

En todas partes fué recibido con grandes aplausos, lo mismo en Inscrup que en Múnaco, y pasando á Scardingia, encontró al duque entregado completamente á las disposiciones militares de la empresa. No es posible referir ni ponderar el júbilo con que este religiosísimo Príncipe acogió á nuestro Fr. Domingo: baste sólo decir que lo miró como á un parainfante que le había deparado el cielo para defensa de la santa fe y castigo de la rebeldía herética.

Algunos días invirtieron en demostraciones de cariño y en conferenciar acerca del plan de batalla formado por el duque y que éste creyó de su deber poner en conocimiento del P. Domingo, el cual conolido durante la marcha de los extremos á que se entregaba la duquesa, causados por el temor del resultado de aquella campaña, la dijo: «*Puede V. A. consolarse mucho; pues yo la empeño mi palabra de volverse muy presto, salvo, glorioso y triunfante:*» con lo cual la dejó confiada y tranquila.

Al llegar el ejército bávaro á la ciudad de Greskia, entregóse esta plaza. Solicitó y obtuvo el duque que el P. Fr. Domingo bendijese su estandarte general, que era muy suntuoso y rico: en uno de sus lados se veía la imagen de Nuestra Señora con el siguiente rótulo: «*Terribilis ut castrorum acies ordinata:*» en el otro se leían los dulcísimos nombres de Jesús María, en esta forma: «*Da mihi virtutem contra hostes tuos.*»

Convencido Fr. Domingo de que tenía asegurada la victoria, aconsejó eficazmente al duque que uniese su ejército al de los imperiales, y aunque algunos capitanes fueron de opinión contraria, prevaleció al cabo la opinión del venerable, y formóse de los dos cuerpos un sólo ejército. Entre tanto, recibió aquél una tiernísima carta del Emperador, encomendándose á sus oraciones é invitándole á que pasase á Viena á consolarle con su presencia, á lo cual contestó Fr. Domingo: «*Hoy nos hallamos con la causa de Dios y de vuestra Cesárea Majestad en las manos, para humillar la soberbia del sacrilego é intruso Rey de Bohemia y de sus secuaces: luego que fuere concluida con una muy solemne victoria, volaré á sus imperiales pies, con mi rendimiento y obediencia.*»

No descuidaba entre tanto el P. Domingo encomendar al Dios de los ejércitos el favorable fin de la jornada, ya administrando el Sagrado Viático á todo el ejército, después de confesar á los soldados, ya distribuyendo medallas, cruces y escapularios de Nuestra Señora del Carmen, empezando por el duque y concluyendo en el último soldado.

Por último, enarbolóse el estandarte imperial, todo él de tela de oro: en un lado tenía la imagen de Jesús crucificado, con este lema: «*Exsurge Domine, et judica causam tuam,*» y en el otro la de la Santísima Virgen, con otro que decía: «*Monstra te esse Matrem.*»

Por no dejar á sus espaldas fortaleza alguna enemiga resolvióse atacar á Priska, cuyo presidio contenía 1.500 hombres, y como al general segundo jefe le pareciese que se invertiría algún tiempo en rendirla, respondió el Venerable Padre: *Antes de medio día entraremos en ella,*» como sucedió en efecto, puesto que antes

de dos horas se había rendido al ejército católico.

Vencido este obstáculo, pudo ya avanzar el ejército, y al dar vista al enemigo, discurrió éste situarse al abrigo de un fuerte, punto para luchar con más desembarazo y ventaja. Hallábase situado en las inmediaciones de Priska un suntuoso palacio llamado Strakonizio, que asentado sobre un peñasco, pendía sobre el lago: al penetrar en él los herejes habíanle saqueado bárbaramente, dejando allí las huellas de su impiedad con la sacrilega profanación de cuanto sagrado allí encontraron, cebándose en las imágenes y en los objetos del divino culto.

Al penetrar allí el venerable P. Fr. Domingo, se sintió profundamente afligido, por haber descubierto, entre otras imágenes profanadas, una pintura sucia y empolvada, trazada sobre yeso, que representaba el nacimiento del Redentor, puesto en el pesebre y adorado por su Santísima Madre; en uno de sus lados se veía al Patriarca San José, y en el opuesto á los pastores; pero fijando más la atención en la

pintura, vió horrorizado la barbaridad más execrable; pues según le fué revelado, la sacrilega mano de uno de aquellos herejes, con un puñal había sacado los ojos á Nuestra Señora, á San José y á los dos pastores, y sin poder atinar la piedad usada con el Hijo, pensó piadosamente después, que aunque dormido velaba para vengar las injurias que se hacen á su Madre y á sus amigos, como inmediatamente se vió en la victoria de Praga, en la que tantos millares de herejes quedaron sin vida.

Profundamente angustiado el corazón del venerable Padre en presencia de aquel horrible espectáculo, pidió al Señor le concediese la gracia de exaltar la gloria de su Santísima Madre, la cual le fué concedida, demostrándose por medio de una celestial luz, preludio de la victoria, y presentando al duque y al ejército el profanado cuadro, aseguróles la protección divina, colgóselo sobre el pecho, asegurando que aquella imagen obraría prodigios y se vería adorada por todo el mundo.

El venerable Padre había visto en el cielo vastos campos por los que bajaban numerosos escuadrones de ángeles armados de lucidos arneses, y puestos al frente del ejército católico daban á los buenos señalada victoria.

Era el día 8 de Noviembre de 1620 el fijado para alcanzarla, y moviéndose en sus primeros albores el ejército cristiano para embestir al enemigo, descubrió á éste parapetado en un castillo; retiróse aquél, ordenando el duque que sus tropas ocupasen el llano de la parte opuesta, sobre el llamado Monte Albo, por la blancura de sus peñascos: era este un espacio muy á propósito para maniobrar numerosos ejércitos: por el Norte daba vista á la ciudad de Praga, cerrándola por los otros tres puntos escarpadas breñas y precipicios profundos. Por Levante lo baña el río, por Occidente lo hermosea el Real Huerto, llamado la Estrellada por su figura, y al Mediodía lo defiende una escabrosa cuesta que dominaba la cabeza del ejército católico. En este espa-



BETHLEM, CUNA DEL REDENTOR DEL MUNDO.

cioso campo habíase establecido el enemigo, esperando osadamente la señal de la batalla.

La posición que ocupaban las huestes de los herejes era fortísima y sobremanera ventajosa para sus armas; visto lo cual por algunos jefes de las católicas, no pudieron ocultar el peligro que éstas corrían de sufrir un descalabro, pareciéndoles en extremo difícil desalojar al enemigo de la favorable posición que ocupaba, sin contar con que el ejército contrario era mucho más numeroso que el católico, el cual se hallaba estenuado por el hambre, las fatigas, privaciones y trabajos que traen consigo las prolongadas marchas; al paso que los palatinos se sentían fuertes, bien alimentados, provistos de vituallas y descansados. Añadían, por último, los desconfiados capitanes, que mientras los herejes tenían bien guardada la espalda con la plaza fuerte de Praga, los católicos se encontraban en país enemigo, y en caso de una rota, á merced del vencedor.

Con estas y otras parecidas razones trataban de

atraerse prosélitos para aplazar la batalla, pero el P. Fr. Domingo, presente en este Consejo, animado de fervoroso celo, asiendo con sus manos el santo crucifijo que pendía de su cuello, y haciendo ver el sacrilego oprobio inferido á la santísima imagen que pendía de su pecho, exclamó:

¡Ah! ¡ah, hijos católicos de la Iglesia! ¿Es tiempo este de consultas, de pareceres, de votos ni de dudas? Ahora que el Señor de los ejércitos ha puesto en vuestras manos á vuestros enemigos, y que os asegura una muy gloriosa victoria, dudáis y os mostráis temerosos de embestirlos? ¡Oh, felix pugna in qua Deus est causa! Esta, esta es causa inmediata de Dios: vamos, vamos todos á defenderla con generoso denuedo, que El nos dará á buen seguro la deseada victoria. Confíen sus enemigos en el número y en su soberbia, que nosotros en la piedad de Dios y en la intercesión de su Santísima Madre solamente esperamos.

Y presentando de nuevo la profanada imagen, añadió:

Vivid seguros que Esta nos amparará, y que su Hijo en este conflicto vengará sus injurias.

Y como quiera que uno de los generales de las tropas auxiliares pretextase que no quería aventurar su gente á las contingencias de una segura derrota, tranquilizóle el siervo de Dios diciéndole que ninguno de sus soldados perecerían en la batalla, como él mismo lo vió después de la victoria.

Los generales Tilly, Mata y Buquoi que aplaudieron el parecer del Padre, con los demás que hasta entonces se habían opuesto á él, tomando sus palabras como oráculo del cielo, convinieron en que sin pérdida de tiempo se diese la batalla, más confiados en el auxilio divino que en la pericia militar.

Terminadas de este modo las disputas, y con ánimo resuelto de vencer ó morir en la demanda, provocados por el estampido del cañón que ya retumbaba entre los escuadrones imperiales, á los que se dió el nombre de *Santa María*, y besando humildemente los capitanes la sagrada imagen, precipitaron-

se con arrojo sobre el enemigo con una carga cerrada de diez piezas de grueso calibre, llevando el horror y la muerte á las filas enemigas. Fr. Domingo, imitando el ejemplo de Moisés, puesto de rodillas con las manos y los ojos levantados al cielo, pedía al Señor y á su Santísima Madre que los amparase, humillando el temerario y sacrilego orgullo de sus enemigos.

Todos competían en valor y cumplían con el deber de buenos soldados y mejores católicos, sin otro pensamiento que el de arrojar del mundo tan detestable é inhumana peste.

Como si el Señor quisiese hacer resaltar la viva fe del Venerable Domingo, consintió que, cargando los húngaros sobre algunos pelotones de caballería imperial, aflojase ésta, y henchidos aquellos de soberbia, con espantosa gritería cantasen victoria. Llegó á oídos del Padre en el sitio donde oraba, anunciándole uno de los fugitivos la derrota del ejército cristiano; pero esto no le inspiró la menor inquietud

ni le distrajo de su oración; mas presentóse á su vista el duque, cuyo turbado semblante revelaba la congoja de su alma, y exclamó:

¡Oh, Padre, cómo va esto! Los nuestros huyen, y los enemigos apellidan la victoria.

A cuya lamentación respondió el siervo de Dios, animado de viva esperanza:

¡No tema, no, V. A., que Dios cumplirá su palabra.

Y tomando al punto un caballo, seguido del duque, y empuñando aquel Señor crucificado que llevaba, mientras enseñaba la santa imagen que pendía de su pecho, atravesó por entre las filas del ejército animando á los soldados y dirigiendo esta exclamación al Señor: *Ubi sunt misericordie tue antiquæ, Domine? Exsurge, et judica causam tuam, et Matris tuæ*, y dirigiéndose á la efigie de la Santísima Virgen, obligaba á los soldados á que repitiesen aquellas dulcísimas palabras de la Salve: *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte. ¡O Clemens, o Pia, o Dulcis Virgo Maria!*

Con el Venerable Padre vieron otros muchos un resplandor que en forma de rayos y globos de fuego salía de la imagen, hiriendo como saetas á los escuadrones enemigos. Contuvieron los capitanes cristianos á los fugitivos, y el coronel García dió una carga á los herejes á la cabeza de cinco compañías de caballería, acuchillando y poniendo en completa dispersión á los que poco antes cantaban victoria.

El joven príncipe Analtino quedó herido y prisionero; Don Carlos Spinelli apoderóse de un fuerte, asestando contra los enemigos las dos piezas de artillería que lo defendían y persiguiendo á los fugitivos con toda la velocidad de sus caballos rescató el Preynero, prisionero de Analtino, y arrebató muchos estandartes de manos de los dispersos. En el campo enemigo todo fué ya desorden, confusión y espanto, y no había lugar en él donde no corriesen arroyos de sangre. Vióse bien claramente en esta tremenda derrota de los enemigos el poderoso auxilio del Señor y de su Madre Santísima.



VISTA DE LA CIUDAD DE DENIA.

Roto y deshecho el ejército enemigo, su general en jefe voló á anunciar al intruso rey de Bohemia el peligro que corría, diciéndole:

Huyamos, señor, que el duque de Baviera ha traído de Roma con dinero á un hechicero que ha embelesado á los nuestros: nos ha roto; nos ha vencido.

La verdad es que venció el cielo, no el valor, como lo comprendió el ejército cristiano, tributando ardientes alabanzas al Señor y á su Santísima Madre. Este fué el glorioso fin de guerra tan desastrosa, dicho término que tantas consecuencias tuvo para la Iglesia, para aquel imperio y para el mundo entero: así fué pulverizado un formidable ejército que contaba con más de 100.000 combatientes, y que, embriagado con tantas victorias, aspiraba á la ruina del poder imperial y á la destrucción de la fe católica.

Cantóse el *Te Deum* en medio del estruendo de la artillería y el sonido de los instrumentos bélicos, y rehusando el duque de Baviera los honores que querían tributarle, dispuso que á la entrada en

Praga fuesen éstos rendidos á Dios y á su Santísima Madre: además edificóse una pequeña iglesia en el sitio en que se dió la batalla, á la cual se dirigen procesionalmente los fieles todos los años para conmemorar el aniversario de tan señalada victoria.

Accediendo el emperador, el duque y los príncipes, así como los demás personajes del imperio á los deseos del Venerable Padre, no sólo acompañaron á la Sagrada Imagen, sino que la obsequiaron con riquísimos dones, siendo el más importante el del emperador, que consagró á la Santísima Virgen su corona imperial, guarnecida de piedras preciosas, sobre las que se veían engastadas en su circuito diamantes de grandísimo valor, todo de oro macizo, de peso de nueve libras, añadiéndose como trofeos de la victoria, veinticinco estandartes cogidos al enemigo. El duque de Baviera cedió á la Santa Imagen su diadema ducal, acompañando á su donativo cuatro magníficos cuadros en que con singular maestría se representaban los hechos más notables de la batalla

Al llegar el P. Domingo á Roma, presentó á Su Santidad Gregorio XV su tesoro, y autorizó el Papa la traslación de la magnífica pintura que se hizo procesionalmente desde la Basílica de Santa María la Mayor, para que fuese colocada en el altar principal de la iglesia de San Pablo de los Carmelitas descalzos, en el monte Quirinal.

Espléndida sobremanera fué la solemnidad de la traslación del cuadro á que nos referimos, viéndose riquísimamente adornada la Basílica de Santa María la Mayor, con un magnífico trono guarnecido por todas partes de preciosas joyas y de perlas de inestimable precio.

Hallábanse entoldadas las calles de la carrera con variedad de colgaduras, llamando, sobre todo, la atención por lo suntuoso y rico, el teatro de las Cuatro fuentes que atravesaba el camino, siendo no menos notable la procesión que se hizo para conducir el milagroso cuadro, en la que se hallaban representadas todas las milicias pontificias, los trofeos y ar-

mas cogidos al enemigo, y finalmente, formaban parte de ella todas las órdenes religiosas, los canónigos de las Colegiatas y Basílicas de Roma y las altas dignidades de la Iglesia. Los que pudieron presenciar esta magnífica, cuanto extraordinaria fiesta, afirman haber sido la única que de doscientos años á esta parte ha presenciado Roma.

Pocos días después volvió Fr. Domingo á Baviera con el duque, cuando cayó enfermo su secretario Fr. Pedro, y viendo que los médicos le desahuciaban, retrasando su comisión, le mandó ponerse bueno, y al día siguiente pudo ponerse en camino.

Al llegar á Viena, visitó al Emperador y habiendo ocurrido la muerte de Paulo V, á los pocos días recibió un Breve de Gregorio XV, en que le mandaba que terminase las disposiciones que se le habían dado.

En Nancy obtuvo del duque de Lorena lo que nadie había logrado, y casi se tuvo por milagro. En Colonia estuvo á la muerte y á pique de morir asesinado por cinco herejes, personajes importantes, que con tan malvado fin fueron al convento; pero descubiertos por él, mediante revelación divina, les echó en cara su crimen y sus errores, y espantados al verse descubiertos tan maravillosamente, pidieronle perdón y le ofrecieron convertirse.

De Colonia salió escoltado por alguna caballería que envió desde Flandes el príncipe Alberto, habiendo apresurado su viaje á Bruselas, sabedor de que el príncipe se hallaba moribundo: encontróle muy resignado y le administró los últimos Sacramentos. Pasó á Amberes á fin de visitar y consolar á la V. Ana de San Bartolomé, secretaria de Santa Teresa, á la que acompañó en los últimos momentos de su vida. En Francia tuvo una acogida sobremana afectuosa, y fué tanta la concurrencia de toda clase de personas que había acudido á verle, y recibir su bendición en París, que los personajes de la corte tuvieron que dejar sus carruajes á gran distancia del convento para dirigirse á él.

El día de San Luis y octava de la Asunción predicó dos sermones, que aunque improvisados, se hicieron imprimir.

De Francia pasó á Narbona, y de allí á embarcarse para Génova, á donde arribó, calmando con sus oraciones la deshecha borrasca que sobrecogió el buque que le conducía.

Apresuró Fr. Domingo su regreso á Roma para dar cuenta á Su Santidad del éxito de sus comisiones y legacia. El Papa le dispensó muchos favores, y suplicó á Su Santidad la pronta canonización de Santa Teresa de Jesús, pendiente como las de otros siervos de Dios también españoles, decretando el Sumo Pontífice cinco á la vez por complacerle, y verificándose la fiesta en un mismo día, el 12 de Marzo de 1622.

Tenemos necesidad de omitir otros sucesos que no carecen de importancia de este siervo de Dios durante su permanencia en Roma, para terminar este artículo que ha tomado mayores dimensiones de las que pensamos darle al empezarle.

Salió el P. Fr. Domingo de Roma el 22 de Octubre en dirección á Viena, llamado por el Emperador, que deseaba tratar con él asuntos del mayor interés. Hallándose en el púlpito el día de la Natividad del Señor, quedóse arrobado con admiración de todos, y valiéndose el fraile que le acompañaba de la autoridad que le había dado el general, mandóle volver en sí, como lo verificó á costa de su salud.

Agravóse su enfermedad; desahuciáronle los médicos, pero él manifestó que no moriría tan pronto, y en efecto, levantóse el día de la Purificación, y aunque con trabajo, dijo Misa. El siguiente día hubo necesidad de darle el Viático, y dijo que lo recibiría, aunque todavía no era urgente. Ni veinticuatro horas de vida le daban los médicos, pero él notició á su compañero que no era cierto, y que avisaría de antemano la hora de su fallecimiento; diósele el Viático con gran pompa, y aún vivió doce días, pasando siete seguidos en éxtasis. Volvió en sí el sábado 16 de Febrero de 1630 á las diez de la noche, y viendo los Emperadores al pie de su pobre lecho, despidióse de ellos con plácida sonrisa, y en seguida cerró los ojos y durmióse en el Señor. Así terminó su vida este siervo de Dios, este español eminente en santidad, saber y virtudes. El Emperador mandó recoger y guardar con grande esmero todos los objetos de su pobre uso. Por especial favor envió á Flandes su capa ó manto blanco, á la infanta Doña Isabel, que hoy guardan cuidadosamente las monjas Carmelitas Descalzas de Bruselas; otra repartió entre los más devotos, reservándose el báculo del venerable Padre.

Su cadáver fué expuesto en la capilla imperial, y por la tarde trasladado á la iglesia de su convento con gran pompa, siendo enterrado en la capilla de la Virgen. De orden del Emperador fué retratado,

enviándose una copia de él al Ayuntamiento de Calatayud, con una carta de pésame imperial.

Entablóse desde luego el expediente de su canonización en Viena y en España, y nueve años después se remitió á Roma.

De orden del Papa escribió en vida un libro espiritual titulado *Sentenciario*, que es un tratado sobre las tres vías *Purgativa*, *Illuminativa* y *Unitiva*, que tuvo grande aceptación, particularmente entre los Príncipes católicos. También escribió su vida y revelaciones, por mandato del general de su orden; mucho antes, siendo general del Carmen, había escrito el *Monte de piedad y concordia espiritual*, institución establecida y ordenada por él mismo.

La Asociación de católicos de Madrid, que ha publicado la vida de este siervo de Dios, es digna de alabanza por el celo con que en obras de esta naturaleza combató la funesta influencia de las perniciosas lecturas que hoy todo lo invaden.

J. TORÁ.

LAS PEREGRINACIONES Á TIERRA SANTA

La derrota sufrida por la diplomacia francesa en los asuntos de Egipto tendrá indudablemente funestas consecuencias para lo porvenir de la influencia de las naciones latinas en todo el Oriente, porque Francia, desde las guerras de Crimea, á pesar del desastre de Sedán, ejercía esta influencia que era, preciso es reconocerlo, beneficiosa en alto grado para los intereses del catolicismo.

En Siria han empezado ya á mostrarse bien á las claras estas tristes consecuencias, y quiera el cielo que no tengan mucho que sufrir en el nuevo estado de cosas que se está constituyendo las poblaciones que más adictas se han mostrado hasta ahora á los franceses. No hay que olvidar, por lo demás, que así como las victorias de Crimea han servido para perpetuar por tantos años la influencia de Francia, así la victoria de la diplomacia y de las armas inglesas en Egipto servirán para que la influencia del Gabinete de Londres se perpetúe por no poco tiempo con menoscabo de las del de París.

Preguntarán quizás algunos, cómo la influencia de Francia en Oriente era aun ahora beneficiosa al catolicismo, y justo es que contestemos á esta pregunta. España, á quien corresponde indudablemente la misión de proteger los intereses católicos en Oriente, no se ocupa en ello absorbida como está por sus discordias y luchas interiores. Francia se ha aprovechado de estos males para hacer lo que nuestros gobiernos han debido hacer y no han hecho, y hasta ahora, sea cual fuere el gobierno de París, no ha dejado de continuar la obra emprendida por Napoleón III, de servirse del catolicismo como de seguro medio para influir en los asuntos del Oriente.

Para consolarse de la derrota sufrida por la diplomacia francesa acuden los periódicos conservadores de París á las obras católicas, en las que colocan toda su confianza. Uno de ellos, que no es precisamente de los más ortodoxos, escribe lo siguiente: «La vitalidad del proselitismo religioso, tal como lo inspira á nuestros compatriotas, sacerdotes y seglares, la religión católica, es lo único que puede reparar ó á lo menos atenuar, los efectos de una desdichada política. La influencia francesa, gracias á estas obras, puede aún ejercerse en ciertos puntos de Oriente, en las mejores condiciones para nuestro patriotismo. Por una feliz consecuencia, el mismo gobierno que persigue en Francia las Congregaciones religiosas protege sus empresas de civilización cristiana en las orillas del Mediterráneo.»

En realidad, los establecimientos fundados en Siria por numerosas Congregaciones francesas, sostenidos por las limosnas de los católicos franceses, pueden sugerir esperanzas que en vano se colocarían en los esfuerzos de los ministerios que se suceden en la vecina República. La obra de la Propaganda de la fé y la de las Escuelas de Oriente, para no hablar en estos momentos de otras, prestan á la influencia francesa en Siria servicios mucho más reales que todos los que pueda prestarle la impotente buena voluntad del mejor ministro de Negocios Extranjeros.

Todo lo dicho explica por qué son tan favorecidos en Francia, aun ahora, por los gobiernos, todos los proyectos que tienen por objeto organizar peregrinaciones nacionales ó regionales á los Santos lugares; y en verdad, la conducta de los franceses debía ser estudiada seriamente, no sólo y en primer lugar por los católicos españoles á quienes interesa principalmente que España alcance en Oriente la influencia que le corresponde de derecho, sino también por todo corazón amante del esplendor y de la gloria de la patria, y singularmente por el gobierno,

por su deber de procurar el acrecentamiento de la influencia de la nación confiada á sus cuidados. Desgraciadamente, esperar en este punto que el gobierno español cumpla este deber, es esperar en un imposible.

Ya que esto es imposible, preferible sería que Francia pudiera seguir como hasta ahora en el camino que llevaba. Porque no hay que olvidar que cada año las fiestas de Semana Santa atraen á la Palestina millares de griegos, de armenios no unidos, y de rusos; que las juntas panslavistas, cuya acción es muy vasta, no descuidan ningún medio de enviar á Jerusalén con un manifiesto designio de propaganda política tropas de peregrinos sostenidas en su largo viaje por suscripciones nacionales; que el helemismo compendia todo el partido que puede sacar, para el acrecentamiento de su autoridad y de su influencia de semejantes peregrinaciones; que los peregrinos griegos y rusos casi nunca encuentran en Jerusalén, sino un corto número de peregrinos latinos; que la influencia inglesa viene ahora á aumentar las dificultades con que lucha el Patriarca latino de Jerusalén, y que esta influencia aumenta por momentos, poniendo en grave conflicto los intereses católicos de Palestina.

¿Por qué, como sucede en Francia, no se organiza en España una obra favorecedora de las peregrinaciones á Tierra Santa, que facilite la llegada á Jaffa y el viaje por Palestina con el menor gasto y las menores molestias posibles? ¿Acaso no hay aquí hombres conocedores del Oriente, como los hay en la nación vecina?

En Francia la obra de las peregrinaciones á Tierra Santa organiza anualmente dos viajes: uno en el mes de Marzo, y el otro en el mes de Agosto. El primero se combina de modo que los peregrinos puedan estar en Jerusalén durante la Semana Santa, y celebrar en aquella ciudad la conmemoración de la Pasión y de la Crucifixión del Señor. El viaje dura 68 días. El precio del viaje es de 920 pesetas en primera clase, y de 575 en segunda. La junta directiva de esta obra no ha creído comprometer el carácter religioso y patriótico de la peregrinación, procurando á los peregrinos los medios de visitar los lugares más célebres de la Palestina y aun de Oriente. Existen diversos itinerarios, y el peregrino puede visitar á Smirna, tan llena de recuerdos cristianos, ó dirigirse á Bethleem, al mar Muerto, á Galilea, á Nazareth, al monte Tabor, al lago de Tiberiades, á Beyrouth. Un tercer itinerario pasa por Constantinopla.

Al lado de esta obra, fundada hace treinta años, acaba de establecerse otra con el título de Obra de las Peregrinaciones Populares de Penitencia á Jerusalén. Esta nueva institución tiene por objeto facilitar á los pobres el viaje al Santo Sepulcro. Mediante una suma extremadamente módica, visitan á Jerusalén 1.000 ó 1.500 peregrinos. La peregrinación así realizada, es no sólo un acto de fe, sino también de mortificación, de verdadera penitencia.

¿Por qué, repetimos, no se ha de poder hacer en España lo que se hace en Francia? ¿Por qué, ya que nada se debe esperar del gobierno, no tratamos los católicos de hacer algo para impedir que los griegos, los rusos y los ingleses sean los únicos que ejerzan verdadera influencia en Palestina? ¿Por ventura no nos obliga á trabajar en este sentido el título que llevamos de católicos? ¿No nos han enseñado el camino que debemos seguir en este punto algunas peregrinaciones de las provincias más orientales de España?

Ya que en todo lo malo se imita en España desgraciadamente á los franceses, ¿por qué no se les ha de imitar en lo bueno? ¿No ganarían en ello al mismo tiempo esta vez la causa de la Iglesia, de la civilización y de la patria? ¿No bendeciría nuestros esfuerzos el Vicario de Jesucristo?

Sirvan estas ligeras indicaciones como de semilla que nazca y crezca y dé abundantes frutos en lo porvenir, que brille menos cubierto de tinieblas que lo presente.

I.

LAS DOS LUCES

I

Dulce la luna la extensión recorre,
Baña la tierra su fulgor de plata,
Brilla el lucero sobre el manto oscuro
Que sirve al hombre de techumbre y valla

Vagan las nubes por el alto cénit,
Y al dar en ellas la celeste llama,
Muestran al mundo de su blanco seno
Ricos crespiones de luciente nácar.

Siguen vagando, mas el aire inquieto
Mueve y deshace la flotante gasa
Y al fin se pierden por el ancho cielo
Los sueltos velos de la nube blanca.

Vuelve á seguida á juntar el aire
Otros vapores que de nuevo enlaza,
Y entre sus pliegues de vistosa bruma
Brillan estrellas que su centro esmaltan.

Pasa la bruma de ligero encaje,
En mil caprichos los vapores pasan,
Y el puro incienso que los forma luego
Vuelve á perderse por la sombra vaga.

Yace la tierra por doquier tranquila,
Nada se mueve por la extensa plaza,
Sólo la brisa resbalar se siente
Entre las hojas de la verde acacia.

Sólo discurre por la muelle arena
Algún viviente que ligero pasa,
Perdiéndose bien pronto por las calles
Con el leve compás de sus pisadas.

Y entonces vuelve á percibirse sólo
Mover el aire las espesas ramas,
Gemir la fuente que cercana corre,
Entre las flores sollozar el agua.

¡Todo es silencio por el ancho suelo!
¡Todo es misterio por la esfera alta!
Hasta la luna que velando cruza
El dormido y grandioso panorama.

II

Sólo dos luces vacilando brillan
Alrededor de la desierta plaza:
¡Qué distintas escenas y destinos
Alumbran las dos luces con su llama!

A la izquierda la una entre damasco
Extiende su fulgor en rica sala;
Mientras brilla la otra suspendida
En el techo infeliz de pobre estancia.

La primera no ha mucho entre millares
De personas y lujo destellaba,
En el sitio que el hombre libertino
Pronunciaba demente carcajada.

Pues alumbra de un rico propietario
El salón más extenso de la casa,
Donde locos los hombres y mujeres
Se juraron ¡mintiendo! que se amaban.

Entre tules brillantes y topacios,
Entre el oro, la seda y la esmeralda,
Cubrieron bajo el lujo de sus trajes
Hasta el crimen más vil y las infamias

Y danzando con vértigos impuros
Entre dulces y lúbricas miradas,
Fatigaron su cuerpo con el baile
Y mancharon lo limpio de sus almas!

Mas la danza cesó; los que valsaron
Tal vez la sueñan en mullida cama;
Tan sólo queda allí como testigo
De su loco placer aquella llama.

Tan sólo queda allí pequeña chispa,
Espíritu brillante que mañana
Propagará de nuevo su influencia
En los ámbitos ¡ay! que se derrama.

Influencia del mal y los placeres
Que sintieron los hombres en sus ansias.
Y que luego después son el recuerdo
Que tortura su vida disipada.

III

Entre tanto, la otra á mi derecha
Me presenta de lejos la morada
De presencia infeliz que forma parte
De un antiguo convento que se alza.

Edificio que un tiempo ya lejano
Los frailes carmelitas habitaban,
Y hoy es pobre hospital, donde unos seres
Alivian de otros seres la desgracia.

Hoy suspiran allí entre gemidos
Los que amenaza la fatal guadaña,
Sus ojos fijan en la tierra tristes,
Y allá en el cielo con temor su alma.

Hoy pronuncian verdad sus secos lábios
Y verdad es la luz de sus miradas,
Porque el telón de la fatal comedia
Sus pliegues suelta y para siempre baja.

Hoy habitan allí unas mujeres
De virtud tan sublime y elevada,
Que dejaron del mundo los halagos
Consagrando al sufrir su vida santa.

¡Caridad! ¡Caridad! Ese es su lema.
Virtud sublime de que son hermanas,
Bendiga el hombre por eternos siglos
Esos blasones de la fe cristiana.

Ellas recogen con amor al niño
Que madre infame de su seno aparta,
Y en el combate del que yace herido
La sangre hirviendo con afán restañan.

Ellas discurren con la luz del día
Por las ciudades con la vista baja,
Cual la paloma que volando cruza
Entre los buitres de potente garra.

Y ora cuidando del naciente niño
O de la pobre y desvalida anciana,
Pasan el mundo derramando bienes
Que premia el cielo con eterna palma.

Por eso exclamo cuando atento miro
Donde esos seres del amor se hallan,
¡Qué distintas escenas y destinos
Alumbran las dos luces con su llama!

IV

Mas si distintas son esas escenas
Cuando la luz de la existencia acaba,
¿Es igual el destino de los seres
Al dejar la materia inanimada?

¿Alumbrará el espíritu del hombre
Entregado al placer y su falacia,
El destello divino que merece
Otro ser de virtud acrisolada?

Ya satisfechas mis preguntas veo,
Las luces mueren y su luz se acaba:
Mientras las sombras á la izquierda huyen,
A la derecha se descubre el alba.

Su pura frente, derramando luces
Leves y tibias, el convento baña,
Bello el oriente tras la vieja torre
Su blanco manto de los mares alza.

En tanto cubren los oscuros pliegues
Con negro manto la opulenta casa,
Mientras la luz que moribunda brilla
Entre las sombras su fulgor exhala.

Así los seres que el poder y el crimen
En este mundo con cinismo hermanan,
Mueren también en la terrible noche
Que engendra el vicio y la pasión bastarda.

V

Al mismo tiempo por opuesto lado
Baña la aurora con su luz preciada
El hospital donde suspira y gime
El que el dolor y el infortunio alcanza.

Y entre las tintas del naciente día,
Entre los trinos que las aves lanzan,
Muere la luz del edificio antiguo
Con los albores de la luz rosada.

¡Así también los que sufriendo viven
Consolando el dolor y la desgracia
Mueren aquí para vivir eternos
Entre los rayos de feliz mañana!

¡Bendito el cielo que respuesta muda
Da á las preguntas que en mi mente vagan!
¡Gloria á los seres que sufriendo mueren!
¡Bendito el rayo bienhechor del alba!

A. ROS ROMERO.

LOS GRABADOS

DON VICENTE MASARNAU

Fundador y primer presidente de la Sociedad de San Vicente de Paul en España.

(Véase la revista.)

BETHLEM, CUNA DEL REDENTOR DEL MUNDO

Bethlem, dulce nombre, ¡qué consuelo destila en el corazón del cristiano! Bethlem, *la fértil, la fructífera*, según la llamaban en tiempos muy antiguos, es una pequeña ciudad de la *Tribu de Judá*, que dista dos leguas de Jerusalén marchando al Occidente, y que se levanta 846 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Esta bella ciudad, que nace en un campo de higueras, de granados y de mieses, se halla situada en la ladera oriental de un monte nombrado *Djebel el Batén*: separado en otro tiempo de la ciudad unos doscientos pasos, y unido hoy á ella por una fila de casas, se ve un

grande alcázar, una aglomeración de murallas y torres de piedra sillar, una roca inmensa labrada por el hombre; esta roca, este alcázar, este cúmulo de murallas y contramurallas, son los tres conventos latino, griego y armenio, que allí se aprietan el uno junto al otro; que el uno al otro se empujan, disputándose cada cual la posesión de una humilde caverna que en la roca se abre debajo de ellos; porque esta caverna es el punto en que nació Jesús; es lo que en Oriente llaman *la Gruta de la Natividad*; es lo que llamamos en Occidente *el Portal de Bethlem*.

Bethlem es tan antigua que ya existía en el año 1740 antes de Jesucristo; entre los muchos célebres personajes que en esta población han visto la luz primera, citaremos á Abesam, juez del pueblo de Israel; Climelech y Noemi, cuyo hijo Malahón se casó con Ruth; Booz, tatarabuelo de David, Mathan y su hijo Jacob ó Isai, padre de Josef, el que se desposó con María, la pura, la siempre Virgen; Santa Ana, la madre de María, y sobre todo el saludado por pastores, el adorado por magos, el cantado por ángeles, el Salvador del mundo, el Niño Jesús. Allí... en los años 1449 se encontraba rodeado Bethlem por un fuerte muro y defendido por dos castillos, uno en su entrada por el camino de Jerusalén y otro en el extremo opuesto, ó sea junto á *la Gruta de la Natividad*. Bethlem, que casi en su totalidad se compone de cristianos, y más que ningún otro pueblo de Oriente conserva sus costumbres patriarcales, guarda aún entre sí, no para el régimen oficial ó administrativo, su antigua división en tribus ó *Haaras*, siendo éstas seis, á saber: la de *Baarasmé*, cuyo jefe es *Abul-Arrach*; la de *Naayarene*, cuyo jefe es *Jashun*; la de *Feritat*, cuyo jefe es *Abu Farur*; la de *Shatre*, cuyo jefe es *Bendek*; la de *Faragié*, cuyo jefe es *Yahar*, y la pequeña tribu musulmana *Hahnagre*, cuyo jefe es *Subeg-Saque*.

Bethlem cuenta 5.500 habitantes próximamente; de los cuales 3.000 son católicos, 1.700 griegos no unidos, 700 armenios no unidos, 15 protestantes y sobre 100 musulmanes, que van disminuyendo en estos últimos tiempos. Los hijos de Bethlem tienen mucho orgullo de que en su pueblo no existe ningún judío. Los establecimientos católicos de diferentes clases que hay en esta bella ciudad son: *La iglesia parroquial*, servida por los frailes franciscanos; *La Hospedería u Hospicio*, para los peregrinos, servida por los mismos frailes franciscanos; *El convento de los reverendos Padres Franciscanos*; *La escuela de los Padres Franciscanos*, para los jóvenes; *La escuela de las hermanas de San José de la Aparición*, para las jóvenes, y un *Horfalínato ó establecimiento para las Huérfanas*, dirigido por un fraile del patriarcado latino.

El carácter de los hijos de Bethlem es dulce, expansivo, servicial y noble; su industria consiste en la construcción de rosarios de varias clases, cruces y otros objetos de devoción, formados con olivo del monte Olivete y nácar del mar Rojo, cuyos objetos llevan á vender al convento de San Salvador en Jerusalén, de donde salen conductas para todas las naciones cristianas.

Concluyamos manifestando que el traje de los bethlemitas es el mismo que el de los naturales de Jerusalén; consiste en una bata de colores vivos, llamada *Geabba-camis*; en un adorno compuesto de monedas, que les pende del cuello, *egnac*; en un morrión bajo sin ala que les cubre la cabeza, *salua*, cuyo morrión se ostenta adornado también con sartas de monedas que forman ondas, y que encierran para ellos gran significación y misterio, y en un paño blanco, grande, cuadrado, que naciendo debajo del morrión, les cae cual mantilla desde la cabeza, por la espalda y por los hombros hasta la cintura y se conoce con el nombre de *Mendir*.

VISTA DE LA CIUDAD DE DENIA

(Véase el excelente artículo del Sr. Chabas, autor novísimo de la Historia de esta ciudad.)

ESCENA DE NAVIDAD, LA PREPARACIÓN DEL PAVO

¿Qué aplicación admite este grabado que no se ocurra á la simple vista? Deseando á nuestros amigos que lo vean representado al vivo, pondremos como comentario propio de la solemnidad: ¡Buen provecho!

HIGIENE

LOS ALIMENTOS MINERALES

PARA reparar las pérdidas incesantes de nuestros órganos, para suministrar al torbellino continuo, que según Cuvier constituye la *vida*, los elementos constitutivos necesarios, para dar al calor animal los materiales indispensables á toda combustión, el hombre tiene necesidad de recurrir á los *alimentos*.

Todo alimento debe contener principios idénticos á los que componen la sangre, á fin de que este líquido pueda reparar sus pérdidas diarias.

La mayor parte de los alimentos están tomados del reino orgánico (vegetales y animales); pero hay también alimentos inorgánicos, los *minerales*, y no son estos los menos indispensables para la vida y la salud. Vamos á estudiar hoy los principales: el agua, el cloruro de sodio (sal de cocina), las sales de hierro, de manganeso, el azufre, el iodo, etc. Entre los distintos alimentos, el agua y el cloruro de sodio son los únicos que se encuentran sin mezcla en la naturaleza, porque los demás se hallan unas veces disuel-

tos en el agua y otras combinados con diversas sustancias nutritivas.

El agua es el elemento mineral más importante, puesto que forma las dos terceras partes del peso del cuerpo humano: de cada 1.000 partes la sangre contiene 790 de agua. El cuerpo humano consume y pierde cada día una gran cantidad de este líquido. Solamente la piel, y eso cuando no suda, exhala diariamente un litro de agua.

La *sal marina* no es menos indispensable á nuestro cuerpo que, según dice Lehmann, la posee en cantidad de 200 gramos.

La supresión de la sal produce accidentes gravísimos. Las corporaciones monásticas, que por el exceso increíble de maceración trataron en otras épocas de impedir á los miembros que las formaban que mezclaran la sal en su alimentación, fueron diezmadas de una manera desastrosa. Sabido es, por otra parte, cuánto sufren los organismos de las ciudades sitiadas, al verse privadas de la sal marina.

¿Quién no conoce el pelo lustroso y la exuberante salud de los animales que comen sal?

La sal es indispensable para la nutrición, porque es un componente del líquido sanguíneo. Si se priva de cloruro de sodio al glóbulo rojo, que es el elemento primordial de la sangre, se le ve deformarse poco á poco y disolverse en la parte líquida ó serosa, pues la sal es lo que favorece el conflicto del glóbulo rojo de la sangre con el oxígeno del aire, y de este conflicto se deriva, como es sabido, toda la vida animal. Concíbese, por tanto, fácilmente, la importancia del cloruro de sodio extraído por el hombre de las minas de sal gemma y de las aguas saladas del mar.

El *cloruro de potasio*, aunque en más pequeña cantidad, es igualmente útilísimo, sobre todo para la nutrición de los músculos, que encuentran en él su verdadero alimento. Abunda mucho en las carnes y en las legumbres frescas. Así los marinos que se ven privados de estas sustancias siéntense en seguida incapaces de todo trabajo muscular, y tras de esta incapacidad suele venir con frecuencia el escorbuto.

Las *sales de potasa* son, por otra parte, indispensables á la constitución química de la sangre. El célebre médico inglés Garrod ha demostrado que muchas epidemias de escorbuto en Irlanda habían coincidido con las malas cosechas de patata; y sabido es que este tubérculo es muy abundante en sales potásicas. Además el jugo de limón es un gran preservativo para el escorbuto, porque posee sales de potasa, y, lo mismo que el té y el café, goza de propiedades tónicas é higiénicas.

Los *fosfatos* (sales de fósforo) son también de gran utilidad en la alimentación, puesto que sin ellos nuestro esqueleto quedaría reducido al estado cartilaginoso. El fósforo es, por otra parte, un poderoso excitante vital, que representa un gran papel en el movimiento nutritivo del cerebro y de la médula espinal.

El cuerpo humano contiene cinco fosfatos: el fosfato de hierro, localizado en el glóbulo rojo de la sangre; el fosfato de soda en la parte serosa, el de potasa en los nervios, el de magnesia en los músculos, y, en fin, el fosfato de cal forma la mayor parte mineral del esqueleto huesoso.

En los huesos el elemento *fósforo* es mucho más importante que el elemento *cal*, puesto que Fernando Papillon ha demostrado que introduciendo la magnesia ó el aluminio en la alimentación, se puede ver cómo estas sustancias van reemplazando la cal de los huesos, sin que la estructura anatómica y el movimiento funcional del esqueleto se alteren en lo más mínimo. Bouesingault ha demostrado, por otra parte, que el agua potable basta por sí sola para suministrar la cal que necesita el organismo.

Nuestro cuerpo contiene de siete á ocho gramos de hierro; Recamier ha podido hacer una medalla con el producto de una sangría.

¿Cuáles son los alimentos que contienen hierro? Probablemente todos los alimentos orgánicos *azoados ó albuminoides* (sustancias proteicas, albúmina, febrina, gelatina, carne, etc.), aunque la química no lo haya descubierto más que en algunos.

El *manganeso* existe en los huesos, el jugo gástrico, la leche y probablemente la sangre, pues se han visto algunas cloroanemias que resistían al hierro y cedían con las preparaciones manganésicas.

El *azufre* entra en la composición de la bilis, y es importante para la nutrición de la epidermis y de sus productos córneos (uñas y pelos). Los alimentos más azufrados son los pescados, los moluscos, los sesos y el hígado de los animales; y entre los vegetales, la familia de las crucíferas (coles, rábanos, nabos, etc.).

El *yodo* es también útil para nuestros órganos, puesto que su ausencia en las aguas es una de las causas más verosímiles de esa enfermedad tan general en algunas comarcas, que se conoce con el nombre de paperas.

El *cobre* existe también normalmente en nuestros órganos, pero en muy pequeña cantidad. Los alimentos que lo contienen principalmente son lasstras de Talmoth, el té verde, los pepinillos, las frutas en aguardiente y el agua de azahar.

CARIDAD

CUENTO

(Continuación.)

En otra ocasión, estando á la puerta de un vecino, vió llegar á varios niños medio desnudos y temblando de frío. En un momento distribuyó entre ellos sus ropas y con los harapos que ellos dejaron se presentó á su buena madre, que al verle y comprender la causa, se volvió con los ojos llenos de lágrimas á una imagen de la Virgen, y le dió gracias por haberle concedido un hijo de tan caritativos sentimientos.

III

DANIEL EL USURERO

Frente por frente á la casa de los padres de Tomásín, hay otra de mejor aspecto, aunque antigua y ruinosa. Allí, apartado del trato de las gentes, sin parientes, sin amigos, pasa su vida misteriosa y oscura un sér repugnante y antipático para todo el pueblo. Es un hombre como de cincuenta años: pero que á la vista aparenta edad mucho más avanzada, á juzgar por su rostro enjuto, denegrido, surcado de arrugas, por el hundimiento de sus ojos pequeños, pero vivísimos, y por los dos ángulos agudos que forman su nariz y barba. Es un usurero implacable y cruel, verdugo de los pobres, que encerrado en su agujero como una araña, acecha á la desgraciada víctima que se acerca, para chuparle la sangre. Las pocas veces que sale de casa es mirado como ave de mal agüero: nunca salió, que no dejase á su espalda un lago de lágrimas. El pueblo le conoce con el nombre de *Daniel el usurero*. Su vida es un misterio para todos: procedente de Toledo, según rumores del vulgo, se había presentado años atrás en el pueblo como caído de las nubes, trayendo en su compañía un niño, hijo suyo, llamado José, único que, con una vieja criada, vivía en compañía de aquel miserable. Como sucede ordinariamente en los pueblos cortos, la vida de *Daniel el usurero* era objeto de mil comentarios y explicaciones; no faltaba alguna vieja desocupada, de esas que todo lo huelen y todo lo saben, que hiciese notar sigilosa y maliciosamente á sus vecinas una circunstancia que en aquella época no era para echada en saco roto; á saber, que nunca entraba el tocino por casa del usurero.

El niño José, á efecto de la educación y ejemplos que de su padre recibía, manifestaba ya á la corta edad de nueve años instintos bajos y miserables, propios de un ánimo á quien dominan las más rastreras pasiones. Nunca se le vió comoverse á la vista de un desgraciado: su corazón de acero estaba cerrado para todo sentimiento de compasión ó de generosidad.

Era la víspera del día en que la Iglesia celebra la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Un hombre pobremente vestido, gravemente enfermo, según denotaba el temblor de sus piernas y la palidez de su rostro, se acercó tímidamente á la puerta de Daniel. Iba á fijar el pie en el umbral, y se detuvo; volvió á ponerle y volvió á detenerse. Al cabo de un rato de meditación, durante el cual dirigía con ansiedad sus tristes ojos á la casa de Tomásín, como quien toma una resolución, se dirigió por fin hacia ella. No llegó, sin embargo; un ligero color encarnado, como de vergüenza, tiñó sus mejillas hundidas, y enjugándose con la callosa mano dos gruesas lágrimas, volvió á la casa del usurero, en cuyos umbrales se dejó caer sentado, rendido, y allí permaneció algún tiempo con los codos en las rodillas y la frente apoyada entre las manos. Alguna idea le perseguía con insistencia; á veces se le veía sacudir la cabeza, volver los ojos al cielo y exclamar:

— ¡No, eso no; nunca, nunca jamás!

Y luego volvía á su meditabunda posición.

Salió á este tiempo el niño José, y con aspereza le dijo:

— ¿Quién sois vos? ¿Qué hacéis aquí?

El hombre no respondía.

— ¿Os habréis puesto aquí para estorbar el paso? ¿Quizá para dejar en este sitio le mala compañía que llevaréis, eh?

Ni aun con tan grosero insulto logró contestación. Aquel hombre parecía sumido en hondas meditaciones.

— ¡Seréis un ladrón quizá!

— ¡Ladrón!—exclamó el pobre hombre de pronto, poniéndose en pie como por un resorte, y saltando de su ensimismamiento. — ¡Ladrón yo! ¡nunca, nunca! ¿Quién ha dicho que yo soy ladrón?

Y sus labios temblaban, y vacilaban sus piernas, y sus ojos se clavaban con severa mirada en el rostro de José.

— ¡Ja, ja, ja!—dijo éste, prorrumpiendo en una carcajada. — Os conozco; sois el guarda del monte, el tío Antón, el padre de Gregorio. ¡Ja, ja, ja!

— Sí—añadió el tío Antón, dulcificando su voz y su mirada, y queriendo acariciar al niño. — Sí, el padre de tu amigo Gregorio.

— ¡Mi amigo Gregorio!—dijo José con desdén, huyendo de las caricias del tío Antón. — Sabed que yo no tengo amigos pobretones. Ni ricos tampoco me hacen falta teniendo dineros, ¿lo oís? ¡Calle!... ¿Ya volvéis á quedaros abobado como antes? ¿O queréis distraer el hambre con el sueño? ¡Ja... ja... ja!... ¡Lo que cavilan estas panzas al trote!

En efecto, el tío Antón había vuelto á sumirse en sus hondas meditaciones, con los brazos cruzados y los ojos en el suelo.

— ¡Ea, acabemos de una vez; largo de aquí—gritó el insolente muchacho.

— Escucha: ¿podré estar con tu padre?

— Si venís á pedir fiado...

El tío Antón hizo una señal afirmativa. Tenía los ojos arrasados de lágrimas y no podía hablar.

— Eso es explicarse—prosiguió José—subid; pero sabréis que mi padre se cobra bien... ¡Digo!... Para mi santiguada si no hace perfectamente; no, si no dad dinero á villanos ladro...

— ¡Calla, calla!—exclamó el tío Antón con nuevo sobresalto— ¡No pronuncies esa palabra!...

El muchacho hizo una mueca de burla, y remediando el andar tembloroso del infeliz tío Antón salió á la calle, mientras aquél se presentaba á su padre, *Daniel el usurero*.

IV

LA ROSCA DE NAVIDAD

Fuera de las ordinarias limosnas que convertían la casa paterna de Tomásín en una especie de centro de reunión de todos los pobres de la comarca, acostumbra la buena de doña Lucía á cocer pan con el fin de distribuirlo en abundancia al llegar las grandes solemnidades. Para aquellas Pascuas de Navidad había hecho unas magníficas roscas, colmadas de azúcar, en las cuales había apurado sus conocimientos de panadería, y en la víspera de Navidad las distribuyó entre los niños pobres, que al verlas se relamían de gusto. Después del reparto sobró una: José, el hijo de Daniel, aunque no reuniera el título de pobre, se presentó á recibirla, y voló á casa muy ufano con ella en el brazo. Al vérsela su padre, se puso como un basilisco, y por más que el niño porfió, el viejo instó á que irrevocablemente la volviera. José lloraba como un becerro, pateaba, se revolcaba; nunca había visto tal tenacidad en su padre tratándose de recibir. A los gritos del niño acudió la vieja criada: tomó la rosca, la olió, y dirigiendo una mirada de soslayo al usurero, le dijo:

— No hay inconveniente: es vigilia.

José quedó agradablemente sorprendido al ver que se le restituía su querida rosca: las palabras de la quintañona habían desarrugado como por encanto el terrible entrecejo de Daniel. Aunque de la condición del erizo, el muchacho no pudo reprimir su entusiasmo por la vieja, y rosca en mano, salió delante de ella bailando con todas las reglas del arte.

Para librar su rosca de nuevos asaltos, determinó ponerla cuanto antes en lugar seguro. Le echó primero un diente con cierto melindre, y estaba tan sabrosa, que no paró hasta que la redondeó. Iba ya á dar fin de ella, cuando se acordó del refrán que mil veces había oído á su padre: *el que guarda halla*, y se resolvió á esconderla en un michinal del establo. Antes, sin embargo, fué lamiendo todo el azúcar que tenía por encima, y al fin la metió bien relamida en el michinal que tapó con un ladrillo.

Salió entonces á la calle, donde estaban los demás muchachos saltando y gritando con sus roscas al brazo. El uraño muchacho entró en corro, contra su costumbre, y trabó amistades con todos, pero principalmente con Tomásín, cuya rosca era un poco mayor que las demás. Los muchachos estaban locos de alegría; pero miraban sus roscas con cierto respeto, como cosa sagrada: les daba lástima empearlas; el más goloso se había limitado á pasar la lengua por encima, ó á relamerse arrancando algún granito de azúcar. Es claro que si á ellos les dolía el empezarla, mucho más sentirían que otro se la empezase; así que al ver á José sin rosca, en medio de sus extremos de amistad, todos estaban ojo avizor.

El anciano y bondadoso Párroco del pueblo pasó á esta sazón junto á los niños: todos tomaron sus

1 De la Revista Agustiniiana.

caperezas, y fueron á besarle la mano, según la antigua y piadosa costumbre que, por fortuna, aun se conserva entre los niños de España. No queremos adivinar intenciones, pero al ver que José también se acercaba, nos parece que lo hacía, más que por el respeto, por ver si á río revuelto podía hallar ganancia de pescadores. Mas los niños estaban prevenidos, y si un ojo miraba á la mano del sacerdote, el otro estaba clavado en la rosca.

Con ese cariño y familiaridad propia de los Párrocos de aldea, que conocen á todos sus feligreses, el amable anciano les halagaba, les daba un suavecito estirón de orejas, y á cada uno tenía distinta cosa que decirle.

—Hola, hola: parece que estáis muy ricos; ¿quién os ha dado esa rosca?

—La madre de Tomásín. ¡Viva la madre de Tomásín!

—¡Viva!..

—Bueno, hijos míos: vamos á ver, ¿y cuánto os va á durar? vamos á ver.

Los niños se miraron unos á otros sonriéndose.

—Mirad — continuó el Párroco — yo tengo en mi casa un niño Jesús muy bonito, muy bonito... El pobrecito tiene hambre... Vamos, ¿no le daréis vuestras rosca?

—¡Yo sí!.. — dijo inmediatamente Tomásín.

Algunos niños se callaron: otros, con ciertas cosquillas, dijeron tímidamente.

—Yo también.

Sólo Gregorito, el hijo del pobre tío Antón, llegó casi á igualar en generosidad á Tomásín, por lo resuelto de su respuesta. Los que callaron, sea por vergüenza ó por compasión del niño Jesús, dieron también por último el sí que tanto les costaba. José hizo visible al Sr. Cura que él no tenía rosca; pero no se atrevió á decirlo porque no le desmintiesen, y guardó profundo silencio.

—Bien, muy bien, hijos míos, así me gusta: — siguió diciendo el Párroco. — Al que mañana me traiga al niño Jesús la rosca, le daré yo otra más grande.

—¡Viva el Sr. Cura! — exclamaron ya llenos de júbilo todos los muchachos.

—Yo también tengo rosca, Sr. Cura — gritó entonces José.

—¡Hola, picarillo, y no lo has dicho hasta ahora!..

El Sr. Cura le halagó cariñosamente: sus labios sonreían; pero en sus ojos se veía una mirada de profunda tristeza.

—Mañana — prosiguió — os espera el niño Jesús con su rosca. Pero no vale si está comenzada.

—¡No vale, no vale! — gritaron á coro los niños.

Sólo á José se le anubló repentinamente la cara; pero pronto brilló en sus ojos un relámpago de alegría, y también chilló:

—¡No vale!

—Ni tampoco lamida.

—¡Ni lamida!

Esta vez no fué á José á quien se le anubló el rostro. Dos ó tres niños dejaron caer la cabeza avergonzados y con cierta tristeza: pero con la versatilidad propia de sus pocos años, se les ocurrió que quizá no se conocería, y por arrojar de sí toda

sospecha, fueron los que con más fuerza chillaron que no valía lamer la rosca.

—Perfectamente, hijos míos: mañana, después de la misa mayor, os espero en mi casa con vuestras rosca para el niño Jesús.

—¡Viva el Sr. Cura, viva, viva!..

El buen Párroco les echó la bendición, y su entrada en su casa fué la señal de disolverse el grupo. Cada muchacho se retiró con el afán de esconder la rosca; la mayor parte aun se atrevieron á lamerla un poquito, y aún algunos le hincaron la uña por debajo. Eran las diez de la mañana, y durante todo el día la rosca fué la pesadilla incesante de los muchachos. Todos ellos bajaban á menudo á su escondite, la sacaban y la volvían á esconder con sigilo. Con tan frecuentes visitas eran también frecuentes las tentaciones: primero las tocaron con la punta de la lengua; luego aplicaron la lengua toda; después la royeron un poquito, más tarde hicieron tal cual mella con los dientes, y ya al verla comenzada, no pararon hasta que dieron cuenta de ella. A las cuatro de la tarde, casi todos los muchachos estaban tristes y cabizbajos: de las rosca de doña Lucía no existirían ya cinco, y de esas algunas estarían en próximo peligro de muerte.

FR. CONRADO MUÑOS SAENZ.

(Se continuará.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuevo procedimiento para fabricar vinos espumosos. — El distinguido enólogo, Dr. Carpené, muchos de cuyos trabajos ya conocen nuestros lectores, ha encontrado un procedimiento sencillo y económico para fabricar vinos espumosos.

Actualmente, para transformar los vinos ordinarios en vinos espumosos, se comprime el ácido carbónico en las botellas por medio de distintos aparatos bastante complicados, inventados con este objeto.

Estos aparatos tienen el inconveniente de que funcionan á una presión bastante elevada (6 á 8 atmósferas), lo que constituye un peligro constante para los obreros que ejecutan la operación, y un inconveniente para la calidad de la bebida de que nos venimos ocupando.

El Dr. Carpené ha reemplazado esta operación con otro modo de trabajar mucho más sencillo.

Su procedimiento está fundado en que la solubilidad del ácido carbónico, como la de la mayor parte de los gases, es mayor, cuanto más baja está la temperatura del líquido en que hayan de disolverse.

Así á 15°, un litro de agua disuelve 1.0020 de ácido carbónico; á 0° disuelve 1.7967.

Este principio que se verifica para el agua ocurre también con el vino, que puede enfriarse á 6° ó 8° sin que se congele.

Y en efecto, se ha calculado que el vino á 6° bajo ó disolverá á la presión ordinaria 5 litros de ácido carbónico por litro, término medio.

El aparato construido por Carpené, se compone de un generador, un gasómetro, una bomba aspi-

rante impelente, un receptáculo de cobre estañado y una cuba para la mezcla frigorífica.

El ácido carbónico se obtiene para esta operación con el bicarbonato de sosa y el ácido sulfúrico. Se le hace atravesar un frasco lavador, conteniendo agua saturada de bicarbonato de sosa, y pasa después al receptáculo que contiene el vino, á donde llega por dos tubos, uno superior y otro inferior.

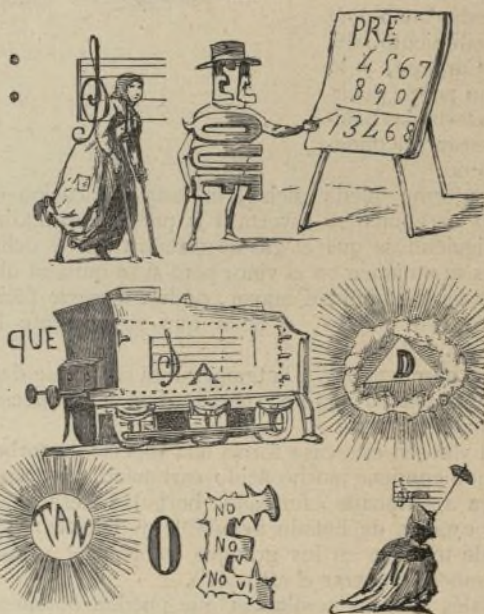
Un agitador facilita la disolución del gas. El receptáculo está rodeado de una mezcla frigorífica, formada de 100 partes de hielo y 15 de sal común. Al cabo de tres días, el vino se encuentra á la temperatura apetecida, esto es, 5 ó 6° bajo 0. En estas circunstancias, se comienza á hacer llegar el gas, manteniendo el líquido en una agitación continua. Al cabo de dos horas á dos horas y media, el ácido carbónico del gasómetro (en cantidad de 500 á 600 litros) queda disuelto, y puede embotellarse el vino.

Para ejecutar esta operación, se emplea un aparato formado de dos tubos: el primero pone en comunicación la botella y el receptáculo á fin de establecer el equilibrio de la presión en los dos recipientes; se abre entonces el segundo tubo, que toma el líquido de la parte inferior del receptáculo y va á parar al primer tubo, junto al tapón de cauchouc que cierra la botella.

Los vinos que mejor se prestan para efectuar esta operación son los blancos nuevos, poco cargados de color, con 9 á 11° de alcohol, y 6, 5 de acidez.

Deben estar perfectamente claros y transparentes, pues esta es una de las cualidades que más se aprecian en los vinos espumosos.

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

SOLUCIÓN AL JEROGLIFICO DEL NÚMERO 11.

Dios ha dado la palabra al hombre para disfrazar el pensamiento.

(Pensamiento de un diplomático.)

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los

DOLORES DE MUELAS

y por consiguiente, la Aurificación y la Extracción. — El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica ó narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empleada como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura. — La Opiata anaranjada de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro. — El Vinagrillo lácteo de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del Cáncer en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desesmalarse y caerse. — Dirigirse á M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. MADRID: R. I. Chavarrí, almacén de drogas, Atocha, 87. — J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, Mayor, 93. — Manuel R. Hernandez, farmacéutico, Mayor, 27 y 29. — Frera, perfumería, Carmen, 1. — Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

COMPANÍA COLONIAL
Roma 1868

MEDALLA DE ORO.

CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

NOVÍSIMO AÑO CRISTIANO Y SANTORAL ESPAÑOL

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior á todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos, es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados á la cura de almas y á la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones ó reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º.

PARA EL CULTO DIVINO EN LATON BARNIZADO Y PLATEADO

Atriles.	Cetros.	Hisopos.	Navetas.
Calderillas.	Ciriales.	Hostiarios.	Sacras.
Candeleros.	Cruces.	Incensarios.	Varas (pálio).
Campanillas.	Custodias.	Lámparas.	Vinageras.

Cáliz y copones, copa de aluminim, con baño de oro fino.

Manuel Garcia, Atocha, 45, Madrid.

HARMONÍA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

ENSAYO ESCRITO
POR EL PADRE MIGUEL MIR
DE LA COMPANÍA DE JESUS

Esta obra, impresa con todo lujo, magnifico papel y tipos elegantísimos, se vende á 24 reales en Madrid y 26 en provincias, en las principales librerías. Los pedidos, acompañados de su importe, deben hacerse á la casa editorial de Riera, calle de Peligros, 20.

Si el vino está claro antes de inyectarle el ácido carbónico, aumenta la solubilidad de los tartratos y fosfatos de cal, que son las sustancias salinas que más fácilmente tienden a depositarse por su poca solubilidad.

La acción del frío á que el vino se somete durante la operación no le perjudica tampoco.

Por el descenso de temperatura se separa del vino una masa sólida, compuesta en su mayor parte de bitartrato de potasa, materias colorantes y nitrogenadas.

El líquido separado de este depósito sólido es más límpido y brillante, y se conserva mucho mejor, de modo que el vino gana en lugar de perder con esta operación.

Los vinos tintos se prestan también al procedimiento del Dr. Carpené, y lo mismo puede decirse de todas las bebidas, sean alcohólicas ó no.

Conforme queda dicho, en esta fabricación el ácido carbónico se inyecta á la presión ordinaria, consiguiéndose que el gas se disuelva seis ú ocho veces su volumen en el vino; pero si se quisiera obtener una solubilidad mayor, podría lograrse fácilmente este objeto, á poco que se aumente la presión.

Del mismo modo, si la temperatura se hiciese descender hasta 10° bajo 0, se obtendrán unas especies de masas pastosas.

El vino en este caso forma una especie de sorbete, que contiene mucho ácido carbónico, ya disuelto, ya aprisionado, formando burbujas. Resulta así una especie de helado agradable y digestivo que puede tomarse en los grandes calores del verano sin temor de alterar el estómago.

Tales son los resultados que pueden obtenerse con el nuevo procedimiento del Dr. Carpené para la fabricación de vinos espumosos.

Este medio, por su sencillez y economía, es apropiado especialmente para obtener vinos espumosos baratos.

Nuevo método de embalsamar.—En el museo anatómico del hospital de New-York, se usa el procedimiento del doctor Viredtzeff para conservar las

ESCENA DE NOCHE BUENA.



LA PREPARACIÓN DEL PAVO.

preparaciones anatómicas, así como para los embalsamamientos de cadáveres, asegurando el doctor Peabody que da grandes resultados.

El líquido empleado se prepara en la siguiente proporción:

Timol..	5 partes.
Alcohol..	45 »
Glicerina..	2.160 »
Agua..	1.080 »

Es una preparación poco costosa, inofensiva, inodora y que conserva los cuerpos en perfecto estado, elásticos y como si presentasen sus caracteres vitales. La primera materia es un gran antiséptico, también la glicerina goza de esa propiedad y además dificulta la evaporación del líquido.

Se inyecta el cuerpo con la mitad de su peso de ese líquido, ó bien se deja en maceración en un baño que lo contenga, no debiendo prolongarse mucho tiempo de inmersión en el líquido, sirviendo de guía para terminarla el estado que presenta el cuerpo, que luego se lava con agua. Por este medio los cuerpos animales pueden dejarse al aire durante meses, sin que pierdan su consistencia, forma y color, y se momifican sin entrar en descomposición.

Cuando se deban conservar en un vaso cerrado,

cuadrante. La temperatura ordinaria del café puede variar entre 88° y 95° sin inconveniente alguno, y esta parte del cuadrante está construída de ebonita, ó sea una materia aisladora. Si la aguja traspasa esos límites hacia la derecha ó hacia la izquierda, se establece un contacto eléctrico que pone en movimiento una campanilla de alarma. En un caso es necesario añadir fuego y en otro quitarle. Puede completarse el aparato de M. Honoré, añadiéndole un electro-imán especial, dedicado á cerrar ó abrir el gas según las necesidades del café. Para evitar la completa extinción del gas y la necesidad de encenderlo, puede usarse uno de esos aparatos que dejan siempre encendido un insignificante hilo de gas. Un aparato que funcionase así á la vista de los consumidores alcanzaría gran éxito, tanto por la curiosidad, como por la tranquilidad que habrían de adquirir al ver el cuidado con que la electricidad desempeña su cometido.

El gasto que ocasionaría el entretenimiento de una pila, además de ser mucho más económico del que ocasiona hoy el sueldo del mozo, podría utilizarse para otras cosas que son de gran provecho, y contribuirían á popularizar la electricidad para que se hiciese lugar en la opinión pública, tan importante algunas veces como la opinión de las academias científicas.

TIPOGRAFIA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.—HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.—FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.